

Perma

De lo liviano



Universidad Popular de Mazarrón
AYUNTAMIENTO DE MAZARRÓN



CATÁLOGO

Edita:	Universidad Popular de Mazarrón
Patrocina:	Universidad Popular de Mazarrón
Textos:	Ginés Campillo Méndez Jorge Durán González José María López Ballesta Encarna Zamora Navarro Ramón Gaya Eloy Sánchez Rosillo Juan Manuel Bonet Antonio Parra Diario La Vanguardia, 7 de Enero de 1992. M.L.L.B. Diario ABC de las Artes, 10 de Enero de 1992. Rafael Santos Torroella. Diario La Opinión de Murcia, 11 de Noviembre de 1992. Tomás Segovia. Diario La Verdad de Murcia, 19 de Febrero de 1997. Antonio Arco. El Correo de Andalucía, 26 de Septiembre de 1997. Ramón Gaya. El Correo de Andalucía, 26 de Septiembre de 1997. Eloy Sánchez Rosillo. El Correo de Andalucía, 26 de Septiembre de 1997. Tomás Segovia. El Correo de Andalucía, 26 de Septiembre de 1997. Andrés Trapiello. ABC de Sevilla, 25 de Marzo de 2017. M. Carrasco. Diario La Verdad de Murcia, 15 de Diciembre de 2000. Antonio Arco. Diario La Opinión de Murcia, 14 de Marzo de 2001. Antonio Parra. Diario La Opinión de Murcia, 22 de Marzo de 2006. Ana Lucas. Diario La Verdad de Murcia, 2 de Abril de 2023. Pascual García. Diario de Sevilla, 12 de Abril de 2023. Gonzalo Gragera. ABC de Sevilla, 29 de Abril de 2023. Jesús Soto de Paula. José María López Ballesta Pablo López Rabal
Diseño:	
Fotografías:	Juan Francisco Belmar González Juan Ballester Isabel Barquero
Imprime:	I.G. Novoarte, s.l.
Depósito Legal:	MU-367-2024
© de los textos:	Sus autores
© de las fotografías:	Juan Francisco Belmar González Juan Ballester Isabel Barquero
© de la edición:	Universidad Popular de Mazarrón

EXPOSICIÓN

Promueve:	Universidad Popular de Mazarrón
Organiza:	Universidad Popular de Mazarrón
Dirección:	José María López Ballesta
Comisariado:	Encarna Zamora Navarro
Equipo de Coordinación:	Juan Francisco Belmar González Ginés José Hernández García Carlos Muñoz Sánchez
Montaje e Iluminación:	Juan Francisco Belmar González Ginés José Hernández García Carlos Muñoz Sánchez
Cartelería:	Universidad Popular de Mazarrón
Fechas:	Del 12 de Abril al 17 de Mayo de 2024
Lugar:	Universidad Popular de Mazarrón
Web:	www.upmazarron.es

Perma

De lo liviano



Universidad Popular de Mazarrón
AYUNTAMIENTO DE MAZARRÓN



GINÉS CAMPILLO MÉNDEZ

Alcalde del M.I. Ayuntamiento de Mazarrón

La Universidad Popular de Mazarrón vuelve a seducirnos con la propuesta de una nueva exposición, esta vez centrada en la pintura del artista murciano Pedro Serna. Una nueva muestra específica de la pintura murciana del siglo XX y que podremos disfrutar en nuestro municipio como una oportunidad única para apreciar la obra de este artista, pintor asociado a Murcia, y una figura importante en el panorama artístico nacional.

Por ello, es una satisfacción el poder presentar una colección que ofrece una retrospectiva del reconocido pintor murciano Pedro Serna que, como es bien sabido, es una de las figuras indiscutibles del panorama artístico de la Región de Murcia, un innovador artista que dejó su marca en el mundo del arte a través de sus vibrantes acuarelas y su singular enfoque pictórico.

Y como viene siendo habitual, la Universidad Popular de Mazarrón nos propone la publicación de este catálogo que, en definitiva, viene a ser una pequeña joya en la que no sólo se recoge el contenido de la muestra, sino que también se documentan las obras más emblemáticas de Serna, su trayectoria vital y proporciona un análisis en profundidad de su evolución artística y su impacto en la escena cultural murciana. Esta nueva publicación, ya es de por sí valiosa si nos atenemos a su presentación formal, propia de la factura a la que se nos tiene acostumbrados desde la Universidad Popular pero, si nos atenemos a las publicaciones realizadas a lo largo de los últimos años en las sucesivas convocatorias de la actividad que desde aquí se desarrolla por la promoción y el conocimiento de la cultura murciana y la nuestra propia, han sido muchas las publicaciones que se han centrado en numerosos aspectos del arte contemporáneo, tanto en Murcia como en Mazarrón. Por ello, es preciso detenerse a valorar este gran aporte artístico y cultural que, en su conjunto, hoy por hoy es una valiosísima colección de arte en la que se integran los artistas más representativos tanto de la Región de Murcia como del municipio de Mazarrón y, con ello, un magnífico legado para acercarnos al momento cultural que vivimos en la actualidad y el movimiento pictórico precedente.

Para el municipio de Mazarrón es de gran interés albergar iniciativas que supongan un punto de inflexión o, si se prefiere, de interés, dentro del panorama cultural de la Región de Murcia, donde la localidad aparece como un espacio de apertura, donde podemos encontrar todo tipo de manifestaciones tanto culturales como expositivas o de todo tipo. Una diversidad que, en última instancia permite incrementar el atractivo del municipio. Un atractivo al que, sin duda, contribuirá esta muestra que ahora abre sus puertas y que, lejos de ser un ejemplo hipotético, no deja de constituirse como una exposición real en la que confluyen tanto el arte de un autor relevante en el panorama cultural murciano, como el interés

por las corrientes artísticas de nuestra región a lo largo de las últimas décadas. Con todo ello, nos encontramos en disposición de ofrecer toda una reseña creada para ilustrar al espectador sobre una faceta tan importante como en ocasiones desconocida de nuestra cultura más cercana y que ahora, más que nunca, tenemos la oportunidad de disfrutar y apreciar gracias a la recopilación que se nos ofrece desde la Universidad Popular.

Todo esto viene a desembocar en la idea que venimos desarrollando en los últimos años en la que partiendo de un municipio conocido por sus hermosas playas como es el nuestro y entendido ya más que de sobra todo su potencial turístico, se pretende dar mayor protagonismo a la vertiente cultural más allá de las valiosas aportaciones provenientes del patrimonio histórico y de una rica cultura minera, que son características ambas que también nos definen. Para mejorar el turismo y su problemática es preciso afrontar una cultura en Mazarrón para el futuro, a través de la que se podría trabajar en varios frentes, y uno de ellos indudablemente sería el netamente artístico reforzado con las aportaciones de la propia cultura local donde habría que contar no sólo con el potencial de los artistas locales, tanto históricos como contemporáneos, sino también con las aportaciones y la apertura hacia otras formas de cultura y manifestaciones artísticas que contribuyeran a la necesaria ampliación de horizontes que indudablemente deberíamos afrontar.

Por supuesto, la propuesta cultural del municipio ha de incluir también una aproximación a nuestra vertiente más tradicional, relacionada también con nuestras propias tradiciones culturales, lo que vendría a integrar en la misma idea una faceta que, a menudo, suele ser la gran olvidada en muchos de los planteamientos que se vienen realizando en este sentido.

En cualquier caso, es indudable que una aproximación al turismo desde la vertiente cultural que ahora se nos propone es de esas iniciativas que precisamente se integran en las premisas de futuro para un turismo sostenible, capaz de preservar los recursos propios de nuestra comunidad local y, al tiempo, redundar en su proyección y en la potenciación de su imagen a nivel representativo. Es por eso por lo que el ayuntamiento de Mazarrón debe apostar por este tipo de iniciativas, que no dejan de ser beneficiosas para nuestro municipio y, no cabe la menor duda, que se configuran como una llamada al futuro de Mazarrón porque participan de los objetivos que debemos perseguir si de verdad queremos situar a nuestra localidad en el lugar que le corresponde. Por tanto, bienvenida esta nueva iniciativa de la Universidad Popular y espero que no perdamos ocasión de poder disfrutarla.



JORGE DURÁN GONZÁLEZ

Concejal de Cultura del M.I. Ayuntamiento de Mazarrón

La cultura en el municipio de Mazarrón no es solo un reflejo de su rico patrimonio e historia, sino que también actúa como un pilar fundamental para la cohesión y el desarrollo comunitario. Encrucijada de civilizaciones a lo largo de los siglos, Mazarrón alberga diversos tesoros arqueológicos y arquitectónicos que narran la odisea histórica de la región, desde la época romana hasta la modernidad. La promoción cultural, a través de eventos, exposiciones y la educación, ofrece a los residentes y visitantes la oportunidad de conectarse con este legado y fomentar un sentido compartido de identidad y pertenencia. Pero más allá de los cánones habituales de la cultura tradicional, entendida como pilar de apoyo o sinergia propia de iniciativas o aspiraciones concretas, entendemos que la elaboración de propuestas diferenciadas, originales o de marcado peso y trascendental significación han de ser una vertiente a tener muy en cuenta en los enfoques actuales de la cultura de hoy. Por tanto, es preciso llamar la atención sobre la nueva muestra que se nos ofrece desde la Universidad Popular de Mazarrón, sobre la que debemos hacer una lectura en clave mayor, al alejarse de la cotidianidad de este tipo de planteamientos.

En efecto, habitualmente procedemos a la celebración de todo tipo de eventos que se van integrando en una misma línea actuación, la cual casi se nos manifiesta como rutinaria en el conjunto de la actividad que se viene realizando a lo largo del año. Sin embargo, introduciendo eventos como el que nos ocupa, somos conscientes de que se contribuye a estimular la curiosidad, la participación activa de los ciudadanos en las artes, y el enriquecimiento artístico de la vida comunitaria, contribuyendo a esa máxima que conforma el proyecto Universidad Popular como es el fomento de la creatividad y el aprendizaje continuo. Además, esta forma de plantear la cultura tiene un impacto económico positivo, atrayendo al turismo y promoviendo el desarrollo local sostenible. En resumen, el planteamiento específico realizado es vital para hacer vibrar nuestro tejido social, económica y educativa, a través del conocimiento de nuestro pasado artístico más reciente al tiempo que se cimienta su futuro.

Hasta la fecha, la preservación del patrimonio histórico en el municipio de Mazarrón se ha mostrado como algo esencial para mantener viva la conexión con el pasado y para garantizar que las futuras generaciones puedan apreciar y aprender de la rica herencia cultural que han heredado. Este legado no solo se compone de monumentos y sitios arqueológicos, como las antiguas minas o los restos romanos, sino que también abarca las tradiciones, las artes y las prácticas sociales que conforman la identidad única de Mazarrón. Salvaguardar estos tesoros es vital para el conocimiento histórico, proporciona un sentido de continuidad y pertenencia, y contribuye al tejido cultural y al impulso

turístico del municipio. Al proteger y restaurar su patrimonio, Mazarrón no solo honra a sus ancestros y su historia, sino que también invierte en un futuro más rico y diverso, donde su cultura y tradiciones siguen siendo una fuente de orgullo y un motor de desarrollo sostenible. Ahora, la visión que podemos tener acerca de esta herencia cultural ha cambiado y se ha visto enriquecida por la realización de actuaciones como la que afrontamos con la nueva propuesta artística que nos propone la Universidad Popular. Esto es así porque ese concepto cultural se ha visto ampliado y enriquecido y, de este modo, podemos poner al alcance de todos un patrimonio artístico que, como el caso que nos ocupa, se configura como una oportunidad única para conocer de primera mano el trabajo de autores de primera línea ubicados en nuestro propio entorno local o muy próximo a él, de ámbito regional.

El objetivo es involucrar a la comunidad local en el entendimiento de que ese gran patrimonio cultural que albergamos incluye propuestas valiosísimas ante las que pasamos de puntillas en muchas ocasiones, por el simple hecho de estar alejadas de la preservación del patrimonio histórico en sí, como ha venido siendo hasta ahora. Cuando los ciudadanos participan activamente en la toma de conciencia sobre estas nuevas formas de cultura, contribuyen en gran medida a su protección y a la valorización de sus elementos, prácticas culturales y, como no puede ser de otra manera, pueden participar de estas experiencias expositivas y culturales desde una nueva perspectiva. Con todo ello, también se fortalece el tejido social y la identidad local a través de una participación comunitaria que disfruta de eventos diferenciados que nos ayudan a entender y tener un mayor aprecio y respeto por el legado histórico. Al mismo tiempo, al empoderar a los ciudadanos a que participen de estas experiencias artísticas tan singulares se promueve la transmisión de conocimientos y el amor por la cultura, tanto a nivel local como general. Algo que se hace extensivo a las nuevas generaciones, asegurando que el legado cultural siga siendo relevante y celebrado en el futuro.

Dicho esto, solo cabe alentar a los vecinos de nuestro municipio a que se animen a participar de esta experiencia cultural y expositiva que procede del corazón de lo más representativo de la producción artística regional del siglo XX. Por tanto, una fascinante propuesta que espero que sea del agrado de todos y contribuya a promocionar los valores a los que me he referido anteriormente. No quisiera terminar sin destacar el talento que se desprende de la obra de Pedro Serna, como una de las figuras más representativas del panorama pictórico regional de las últimas décadas, y el interés de la impresionante selección de obras que ha conseguido reunir en esta muestra la Universidad Popular de Mazarrón. Espero que sea del agrado de todos.



Handwritten signature or mark at the bottom center of the page.

JOSÉ MARÍA LÓPEZ BALLESTA

Director de la Universidad Popular de Mazarrón

De lo liviano

De nuevo, la Universidad Popular de Mazarrón se pone el traje largo para recibir a un gran pintor murciano, una persona que ha dejado una marca indeleble en el mundo del arte con su obra única y cautivadora. Un artista que encontró en los paisajes y tradiciones de esta tierra nuestra la inspiración para su arte. Su estilo, caracterizado por una delicadeza y tenuidad inigualables, es una amalgama de sensibilidad, técnica y pasión que se manifiesta de manera sublime a través de la acuarela. Con un enfoque distintivo y personal, Serna logra transmitir emociones y capturar la esencia misma de los temas que aborda.

Su trabajo se caracteriza por un trazo suelto y del natural, respira una frescura y espontaneidad que lo distingue. La liviandad de su pincelada contrasta con la profundidad de sus temas, creando una tensión visual que invita al espectador a sumergirse en cada detalle.

La delicadeza es otro elemento fundamental en el estilo de Serna. Sus acuarelas están impregnadas de una sutileza que revela la sensibilidad del artista hacia su entorno. Cada pincelada parece danzar sobre el papel, creando un efecto de ligereza y movimiento que envuelve al espectador en un mundo de belleza efímera.

La elección de la acuarela como medio de expresión no es casualidad. Serna domina magistralmente esta técnica, aprovechando sus cualidades transparentes y luminosas para crear obras que parecen iluminadas desde dentro. Los colores se funden y se difuminan con una naturalidad asombrosa, creando atmósferas envolventes y sugerentes.

Esta manera de entender el arte se refleja en la profundidad emocional y la introspección que caracteriza a su obra, así como en su búsqueda constante de la belleza en lo cotidiano. Su estilo, por tanto, es una expresión única de su visión del mundo. Con una combinación de técnica, sensibilidad y pasión, logra crear obras que trascienden lo meramente visual para convertirse en ventanas abiertas a la emoción y la belleza.

Decía **Velázquez** que *"Lo que hay en el arte es lo que no está"*. En la pintura de Serna, la sugerencia y la ausencia de detalles explícitos juegan un papel importante. Es capaz de transmitir una sensación de profundidad y significado más allá de lo que se representa físicamente en la obra. En sus acuarelas, a menudo se encuentran espacios abiertos, donde la mente del espectador puede vagar y completar las imágenes de manera subjetiva. Esta ausencia de lo explícito permite que la imaginación del observador participe activamente en la experiencia estética, creando una conexión emocional más profunda con la obra. En este sentido, los dos artistas reconocen la importancia de lo sugerido, de lo que está más allá de lo visible, en la creación de arte que trasciende lo meramente físico y alcanza lo espiritual y emocional.

En esta muestra, el espectador encontrará no solo una selección representativa de la obra de Pedro Serna, sino también una mirada íntima al proceso creativo que da vida a cada acuarela. A través de sus pinceles, el artista nos guía en un viaje emocional donde la belleza se revela en los detalles más simples y la armonía se encuentra en la imperfección.

Como escribía **Belmonte Serrano** en el catálogo de la exposición *<Los caminos del agua>*, *Pedro no va, sino que está ahí, en el lugar mismo de la creación. Sus cuadros, sus acuarelas, son de una belleza aplastante, pero no son –algunos confunden esto con gran torpeza- un mero trazo estetizante, sino un acto verdadero, como las viejas ceremonias de las danzas rituales, como cierto baile flamenco que el propio Serna ha plasmado tantas veces. Su pintura no es copia, no es mimesis, sino la huella permanente de la vida. Justo ahí donde querríamos vivir eternamente, como Gaya quería vivir en esa verdad simbolizada por el velazqueño «Niño de Vallecas».*

La exposición que ahora se presenta en la Universidad Popular de Mazarrón es un testimonio de la trayectoria artística de Pedro Serna, un recorrido por su evolución como creador y su compromiso con el arte como vehículo de transformación y reflexión. Cada obra expuesta es una invitación a explorar el alma de Murcia a través de los ojos de un pintor que ha sabido capturar su esencia con maestría y sensibilidad.

Espero que esta exposición sirva como puente entre el espectador y la obra de Pedro Serna, un vínculo que traspase las fronteras del tiempo y el espacio para sumergirse en la eternidad del arte. Que este trabajo sea el inicio de un diálogo entre el público y el artista, un intercambio de emociones y experiencias que enriquezca nuestras vidas y nos inspire a contemplar el mundo con nuevos ojos.

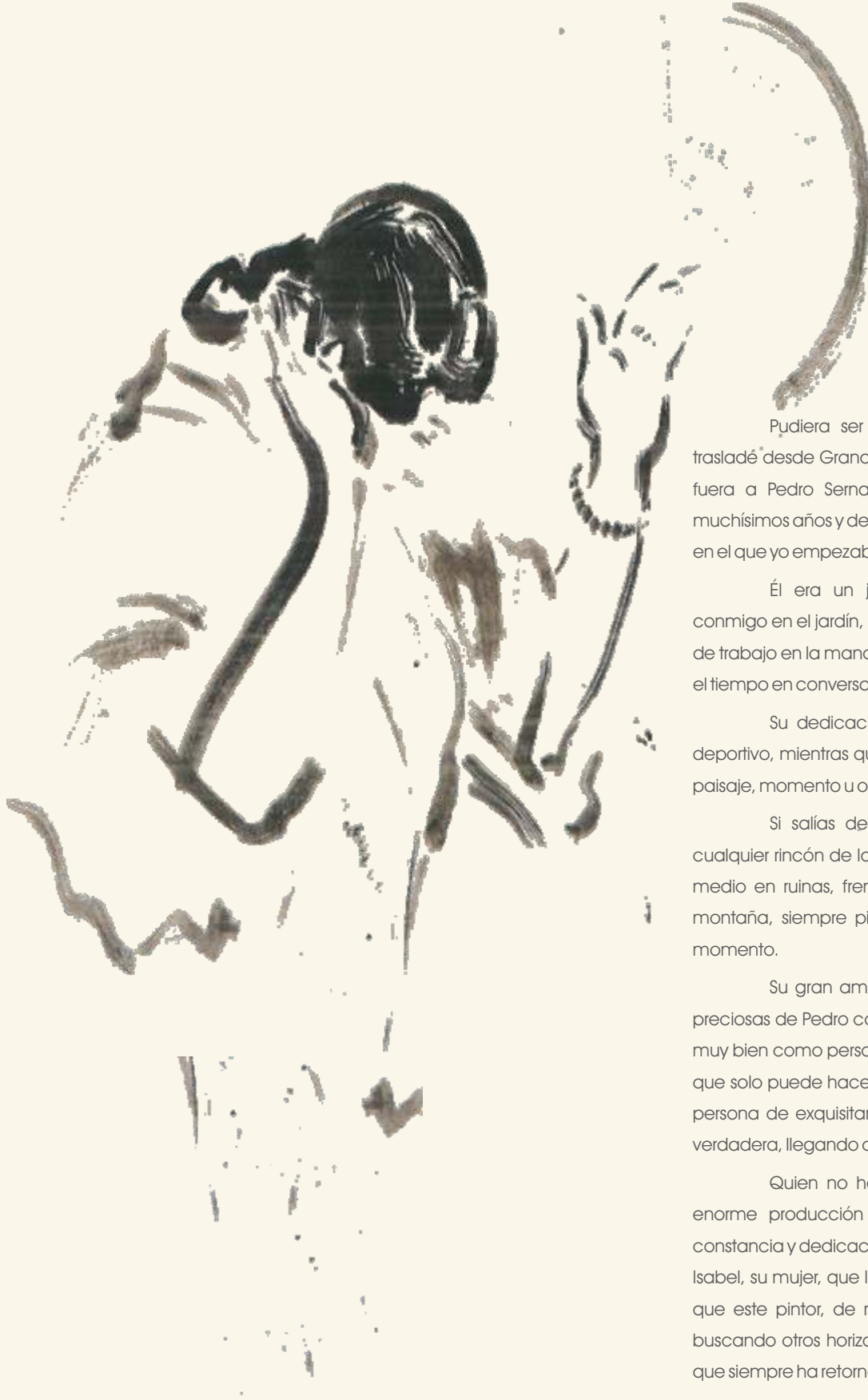
Desde la Universidad Popular de Mazarrón seguiremos esforzándonos para que podamos continuar disfrutando en nuestro pueblo de artistas tan prestigiosos como Pedro Serna. Nuestro compromiso está en ofrecer una programación que satisfaga las necesidades artísticas de nuestros vecinos y que, al tiempo, contribuya a evaluar y apreciar el arte de manera crítica y solvente. Este trabajo nos brinda una oportunidad invaluable para que el público se involucre activamente en la apreciación y comprensión del arte contemporáneo.

Únicamente me queda daros la bienvenida a la exposición de acuarelas de Pedro Serna, un homenaje a la belleza efímera de la naturaleza y la cultura que nos rodea, y un recordatorio de que, en el arte, cada trazo es un susurro de eternidad.

¡Vamos a disfrutarla!

ENCARNA ZAMORA NAVARRO

Comisaria



Pudiera ser que al primer artista que conocí cuando me trasladé desde Granada a Murcia, allá por los setenta del siglo pasado, fuera a Pedro Serna, teniendo la suerte de ser su vecina durante muchísimos años y de seguir su trayectoria desde aquel lejano momento, en el que yo empezaba a interesarme por los pintores de la tierra.

Él era un joven tímido, que se cruzaba frecuentemente conmigo en el jardín, el ascensor o el garaje, siempre con sus materiales de trabajo en la mano, una media sonrisa a modo de saludo y sin perder el tiempo en conversaciones vanas.

Su dedicación al fútbol le confería físicamente un aspecto deportivo, mientras que su mirada se perdía en ensoñaciones de algún paisaje, momento u objeto que le hubieran cautivado.

Si salías del centro de la ciudad era fácil encontrarlo en cualquier rincón de la huerta, cerca de una acequia, junto a una casa medio en ruinas, frente a un árbol en flor o divisando a lo lejos una montaña, siempre pincel en mano, dispuesto a captar y plasmar el momento.

Su gran amigo Ramón Gaya ha escrito cosas tan precisas y preciosas de Pedro como yo no podría hacerlo ni de lejos. Él lo conocía muy bien como persona y como artista y valoró su obra con la precisión que solo puede hacerlo un gran maestro, como era él, calificando a la persona de exquisitamente sensible y a su pintura de limpia, entera y verdadera, llegando a definirlo como **pintor del aire**.

Quien no haya entrado en el estudio de Pedro no sabe la enorme producción que ha salido de sus pinceles, gracias a su constancia y dedicación y ¿por qué no decirlo? al apoyo permanente de Isabel, su mujer, que le ha acompañado siempre y a todos sitios por los que este pintor, de raíces y origen muy murcianos, ha deambulado buscando otros horizontes, otras vivencias u otros modelos, pero de los que siempre ha retornado a su ciudad.

Para comisariar esta exposición ha sido necesario contar con su ayuda y colaboración total. Me estoy refiriendo a Isabel, sin cuya participación activa me hubiera sido muy difícil la selección de tan

inmensa obra y su catalogación.

Tanto me gusta la forma de tratar la acuarela de Pedro Serna que cualquiera de sus obras despierta en mí deseos de exponerla a los ojos de los demás, pudiendo expresar sin esfuerzo, por mi parte, la sutileza de la pincelada, la fuerza contenida del color, la ausencia de pintura en contraste con la intensidad de la luz, el movimiento de un pétalo arrastrado por el viento, un rayo de sol escapándose de una nube o una simple sabana que mueve el aire. Cualquier objeto o rincón, por sencillo o cotidiano que sean, adquieren otra dimensión mediante la magia de los pinceles de Pedro, que les da vida y frescura hasta elevarlos a obra de arte, frescura que puedo asegurar no pierden con el paso del tiempo, lo percibo cada día contemplando un cuadro de mi propiedad que me acompaña desde hace cuarenta años, siempre colgado en los despachos por los que he ido pasando sin perder la frescura mencionada, ni tampoco actualidad.

En 1990 yo escribía una página en el periódico la Verdad que se llamaba Café en el estudio, entrevistando a pintores de nuestra región, el 7 de Octubre entrevisté a Pedro Serna, hoy, después de casi treinta y cinco años, no borraría ni añadiría una coma a lo que escribí entonces y probablemente las respuestas dadas por Pedro serían las mismas, pongo una transcripción de una de ellas:

"Pregunta.- ¿Cómo definirías tu pintura?

Respuesta.- Es difícil para mí definir. Creo que lo único seguro es que es sincera, porque pinto lo que siento, no me dejo influir por las indicaciones externas, de voces no autorizadas. Hago lo que creo que debo hacer."

¿Con que poco se puede decir tanto? Así es su obra: sincera, pero además es sobria, elegante, serena, limpia, luminosa, transparente, algunas veces atrevida, como cuando hace del vuelo de una sábana su objeto principal o cuando pretende atrapar lo intocable como pudiera ser el propio aire.

He de decir que comisariar una exposición nunca es tarea fácil y esta no es una excepción, no por la calidad o la cantidad de las obras a seleccionar sino por la dificultad de elegir entre ellas y conseguir ofrecer al visitante un espectro suficientemente amplio para hacerle comprender que mostramos solamente una parte del trabajo de un gran acuarelista, muy amante del paisaje, sin ser únicamente paisajista. Por esa razón he tratado de diversificar, a la hora de preparar la muestra, agrupándola por temas: Paisajes, Mar Menor, Naturaleza muerta y Toros y flamenco.

Los rincones, tanto de la huerta murciana como de la ciudad, nos revelan, a través de la obra expuesta, aspectos seguramente solo observados desde la sensible retina de su autor y la maestría de su mano para mostrarnos el instante de luz preciso, el movimiento de un pétalo al caer, el correr del agua en una acequia o el reflejo en ella de este o aquel

edificio, árbol o cañizo, una modesta casa en blanco sobre blanco o la fachada de cualquier otra semi derruida tratándose de tú a tú con un emblemático puente o con un edificio catalogado. Cuando el momento es el preciso todo adquiere, para el artista, categoría suficiente para quedar plasmado en un papel y transformado en obra de arte.

El Mar Menor ha constituido un refugio para este murciano de las Torres de Cotillas y lo conoce a la perfección, en él busca y encuentra los juegos de luces de sus amaneceres y atardeceres y esos vestigios de tiempos anteriores, seguramente vividos en su niñez, en los que los balnearios eran un referente del mismo.

Cuando este pintor se recoge en su estudio sigue buscando el exterior desde detrás de una ventana o se recrea en los objetos cercanos creando bodegones, también conocidos como naturaleza muerta - particularmente me gusta, en el caso que nos ocupa, llamarle bodegón- aunque la palabra "muerta" no casa bien con la pintura de Pedro Serna, no le hace justicia, puesto que en casi todos sus bodegones hay vida o parece haberla, porque sus rosas, jazmines, claveles o pensamientos emergen como recién cortados y parecen desprender su característico olor, de tal forma que incitan a olerlos. En algunas de sus composiciones se aprecia con bastante claridad la influencia del que fuera su maestro, Ramón Gaya, al que siempre ha reconocido como tal y del que conserva un gran recuerdo y admiración.

También en este tipo de composiciones se refleja el gusto por lo sencillo al no utilizar rebuscados objetos, sino un simple vaso, una jarra, un azucarero, una antigua plancha encontrada en algún rincón de una vieja cocina o una copa, todo ello elevado, una y otra vez, a la categoría de obra de arte gracias a la colocación, a la composición, al adorno de una flor y a la forma de recibir la luz que los envuelve. Un abanico abierto forma parte de un escenario, es su telón de fondo, un abanico cerrado constituye un plano que le infiere profundidad al cuadro.

Mirando detenidamente cualquiera de sus obra siempre me pregunto si Pedro queriendo ser poeta fue pintor, tal es la armoniosa composición y la delicadeza con que ejecuta su trabajo que podría parecer una rima cuyos versos estuvieran encadenados con espontaneidad y sin esfuerzo, expresando sencillos y sinceros sentimientos mediante ellos. Se podría decir que los versos los ha escrito e incluso los ha recitado sin voz, transformándolos en formas y colores, a través de la mezcla del agua y los pigmentos, de manera que la poesía no se oye, pero se deja sentir e interpretar a través de la elegancia y armonía de su obra.

Espero y deseo que todos y cada uno de estos matices sean apreciados por el espectador y disfrutados en plenitud y sin prisa.

RAMÓN GAYA

Sentimiento y sustancia de la pintura

Pedro Serna (I)

Hace algunos años me prometí a mí mismo no escribir nunca nada sobre pintores... vivientes, y he venido cumpliéndolo bastante bien; hoy, sin embargo, me gusta romper esa promesa porque me encuentro delante de unos pequeños trozos de pintura -pintados a la aguada que me parecen, sin más, muy excepcionales; lo primero que diría de estos trozos de pintura es que están vivos, sencillamente vivos (en una obra de creación verdadera, el hecho de estar viva no viene a ser, exactamente, un valor, uno de los muchos valores que la componen, que la forman, sino una categoría, su categoría máxima, suprema, y, claro, su condición indispensable, porque sin el misterioso y diminuto soplo de lo vital no hay obra alguna de creación, sino mero artefacto); estas pequeñas pinturas han sido dichas como en voz baja y, al mismo tiempo, con fuerza, con un vigor, diríase, tiernísimo, primaveral; la dicción es de trazo muy fuerte, muy enérgico, aunque amansado, quizás, por una decidida hermosura, ya que la pincelada de esa dicción, de ese trazo, aparte de expresiva, es de una gran belleza, icomo en los buenos tiempos!, no de una belleza estética, esteticista, sino natural.

Se trata de un pintor murciano, muy pintor, y también muy murciano, pero sin sombra de regionalism -todo ismo, como se sabe, encierra falsedad, tendenciosidad, demagogía-; sin sombra de provincianismo y sin caer tampoco en esa universalidad pueblerina, buena para papanatas, que se estila hoy. Yo diría que Pedro Serna es un pintor murciano, casi chino, fino, «delgadico», de una «exquisita sensibilidad» como rezan las críticas al uso (equivocando entonces lo que puede haber en esa expresión de verdadero, ya que la palabra «exquisito» hace pensar enseguida en algo artificioso que él no tiene en absoluto); su indudable finura no es estilizada ni decadente, sino limpia y sana, un poco a la buena de Dios. Mira muy bien, muy lúcida y atentamente, la realidad, pero sin enredarse ni tropezarse en ella, incluso un tanto despegado, a la distancia justa, con la holgura justa para la comprensión, porque una de las facultades de su armónica naturaleza de pintor es ésta: que comprende lo que ve cuando mira -algo que no supo ni pudo lograr el ojo, tan famoso y aplaudido, de Monet-; y aparte de ir comprendiendo lo que mira, ha comprendido, de una vez por todas, que la realidad no ha de ser atrapada, encarcelada, ni ha de ser, claro, alterada, ni siquiera... interpretada, porque el creador no es un intérprete de la realidad, sino un hacedor de realidad, o sea, el creador es uno que aporta realidad, más realidad, a la realidad ya existente; no el petulante artista, sino el modesto y pasivo creador verdadero, sabe muy bien que la realidad no puede ser enjaulada -como han hecho siempre los realismos-, ni arlequinizada, ni traicionada, ni burlada frívolamente - como han hecho los estúpidos vanguardismos culteranos de nuestros días-, el creador sabe que la realidad sólo puede ser... acogida, comprendida, y... dejada estar, dejada ir, suelta, libre, libremente real, a

su sitio propio.

En la naturaleza, en el paisaje real de la naturaleza parece como si, de pronto, se formaran unos pequeños nudos, es decir, unos pequeños enigmas; a veces es tan sólo un acento especialísimo de la luz, o una... musicalidad de la distancia, o del aire. Pedro Serna es muy sensible a todos esos misterios a pleno sol; en su pintura parece haber querido, con inspirada modestia, ir desatando los nudos que encontrara en la realidad del paisaje.

El público -cada vez nos tropezamos con más público- supone que las acuarelas son todas ellas una sola cosa, más o menos bonita, más o menos sabia, pero siempre cosa menor, buena, cuando mucho, para adornar pasillos o para colgar entre dos balcones (por eso y para eso se ha formado esa industriosa artesanía de acuarelistas pintoresquistas), pero el público ignora que la acuarela -con su acuarelismo correspondiente- en realidad de verdad, no existe, como no existe, en definitiva, el «fresco», ni el «pastel», ni el «óleo». Las buenas acuarelas no son, propiamente, acuarelas. Ni siquiera los más ortodoxos y prestigiosos acuarelistas ingleses -Girtin, Cotman- han pintado las mejores acuarelas, sino aquellos que no eran acuarelistas, es decir, Constable, Turner y, claro, algunos viejos chinos y japoneses, Rembrandt, Van Gogh, Cézanne (Cézanne, por cierto, terminó por hacer, con la supuesta fragilidad característica de la acuarela, su obra más consistente, más firme, más... realizada).

Las acuarelas de Pedro Serna tampoco son acuarelas de acuarelista, sino de pintor, de un magnífico pintor.

Pedro Serna y (II)

No hace mucho tiempo pude oírle a un alguien (alguien, desde luego, de cierto prestigio... intelectual) que la obra de tal otro (se trataba de un poeta amigo suyo y mío), aunque valiosa, carecía de interés, ya que había sido realizada dentro, sin más ni más, de la sabida y consabida «tradición», o sea, sin novedades, sin originalidades, sin sustos, sin sorpresas. Este criticador intrépido (buen hijo de su siglo) ignoraba, pues, que todo aquello que no es tradición no es ya que sea «plagio», como se ha dicho -aunque también-, sino que todo aquello que no es tradición, en realidad no es nada, no viene a ser nada, no existe verdaderamente.

Tradición no es, como suele pensarse, un viejo modo de ser, y que... perdura, sino el nervio central del ser mismo; no, no es una simple manera, una simple costumbre... inanimada, una simple rutina... vacía, un algo, en fin, envejecido, enrarecido, ya caduco, inservible. Tradición, por el contrario, es una sustancia viva, siempre viva, rica, originaria y...

eterna, sucesivamente eterna; tradición es savia materna, médula materna que lleva y conlleva el propio ser, la propia condición de ser. Tradición no es, en absoluto, pasado, sino... antigüedad original, vital, presente y perenne.

Pero nosotros -actuales- hemos caído un mal día en la tentación (sin duda alguna demoníaca, ya que este tropiezo viene a ser un estúpido combinado de soberbia, vanidad, caprichosidad y ociosidad... revoltosa), hemos caído, este extraño fenómeno artificial de romper, de pronto, con la tradición, convirtiendo así estos ochenta y tantos años últimos en un vertedero, en un basurero de novedades ...

En los poemas y en las pinturas de hoy ya no esperamos nunca encontrar... valores -los antiguos y fijos valores de la vida-, sino tan sólo nuevas ocurrencias, nuevas y frívolas aportaciones de ocurrencias; estando así las cosas, cuando alguien, como es el caso de nuestro sutilísimo pintor murciano -por sensibilidad, por naturalidad, por pureza, por fineza y firmeza de sentimiento, por vigoroso y riguroso instinto- se niega a comulgar con ruedas de molino (o con paraguas y máquinas de coser) y nos entrega, con arrogante sencillez, estos hermosísimos trozos de pintura legítima, lo cierto es que nos desconcertamos un tanto, como cuando alguien dice... una verdad.

Pedro Serna se ha negado a romper con la tradición -como en cambio mandaban los tiempos-, pero ha sentido y visto muy bien que tampoco se trataba de estar, como monigotes, aposentados en ella, caídos de bruces en ella; la tradición no es un lugar de estar, sino de irse, pero de irnos sin desentendernos nunca, sin olvidarnos nunca de su viejo y lejano manantial. Ni siquiera se trata de... reanimar, de revitalizar, de revivir la tradición, como podría suponerse, sino de revivirnos nosotros -actuales en ella, en su fondo, en un pozo. No, nada de volver al pasado -¡qué tontería!-, sino... «volvemos hacia él, pues eso sólo es ya un adelanto», parece ser que ha dicho un músico, un gran músico.

Los verdaderos innovadores -quiero decir Giotto, Masaccio, Van Eyck, Michelangelo, Tiziano, Velázquez, Cézanne, Van Gogh, Picasso...- no es que amanezcan, diríamos, un lunes y de buenas a primeras se lancen a inventar... cosas, novedades, modernidades, sino que vuelven los ojos y las orejas hacia ese fondo... animal, maternal, y encuentran allí, en lo más lejano, casi escondido, desapercibido, lo que nos faltaba. Los simples novedosos, ya es sabido, apedrean a los originales, es decir, a los que vienen de un origen real.

Resulta curioso que estas pinturas de alguien que no ha roto, en absoluto, con la tradición sean tan poco tradicionales; porque la verdad es que Pedro Serna -que no es, claro, un novedoso- resulta, hoy, un pintor sumamente nuevo, fresco, reciente. El tema casi no existe -una pared por donde resbala un sol más bien tenue, tierno, manso, pero muy

sustancioso, acuoso; un cielo un tanto esquivo, que deseara marcharse, desaparecer; las sombras de unas ramas que no vemos; la sombra de un ciprés que no está en el recuadro de papel Whatman que se nos ofrece; una casa sin fisonomía y... sin techo; el trozo de una alberca-; la pincelada, que, a diferencia del tema, aquí sí existe - y, por cierto, de una gran belleza natural, no buscada, como podrían parecer algunas de la pintura japonesa-; el color es aquí, más que el color de las cosas, el color del aire, como una afinación, como una tonalidad musical del aire.

Si yo tuviera que darle un buen consejo a tal o cual persona que visite, un tanto despistada, la exposición de Pedro Serna, le diría que no se asustara, que no se desconcertara; le diría que la pintura, aunque muy raramente, puede ser así de entera y verdadera, así de... limpia.

1987

PEDRO SERNA
Pinturas 1997



Pedro Serna con Ramón Gaya.

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO

El viaje de Pedro Serna (Enero de 2005)



No es mi propósito hablar en las líneas que siguen de los lugares de fuera de Murcia a los que Pedro Serna ha viajado a veces, ni de los cuadros que para ampliar los horizontes de su obra ha pintado en el transcurso de sus viajes. Tales cuadros, reunidos en parte en esta elocuente exposición, hablan por sí mismos con su maravilloso silencio y no necesitan que nadie los glose.

Antes que a esos pequeños y ocasionales desplazamientos del pintor, me gustaría referirme aquí de manera más amplia a otro viaje de Pedro Serna, a un viaje más largo e importante, es decir, al viaje de su vida, a su trayectoria general. La metáfora de la vida del ser humano entendida como viaje es casi tan antigua como el mundo. "Partimos cuando nacemos, / andamos mientras vivimos / y llegamos / al tiempo que fenecemos", dejó dicho al respecto de forma memorable un gran poeta nuestro. Sucede, sin embargo, que el viaje de los artistas verdaderos, de los auténticos creadores, no es como el de los demás seres humanos: comienza en un lugar y en un momento determinados, sí, pero es un viaje sin final, pues cuando el hombre que lo lleva a cabo concluye de manera definitiva su andadura, prosigue en el camino lo mejor de él, las obras en las que para siempre alentará su espíritu.

Yo he tenido la satisfacción de ser testigo cercano del viaje de Pedro Serna durante una parte muy considerable del trayecto (espero seguir siéndolo —toquemos madera—mucho tiempo todavía) y puedo

dar testimonio de su constante ejemplaridad. Hace más de veinticinco años que conozco al pintor, y la vieja amistad que nos une se ha mantenido sin altibajos ni tropiezos, sin ningún equívoco, sin ningún desencuentro (esto es al menos lo que puedo decir yo de nuestra relación; ojalá Pedro Serna sienta de verdad que le es posible afirmar otro tanto). Considero, pues, que puedo hablar de nuestro pintor con cierto conocimiento de causa.

Mi admiración por Pedro Serna a lo largo de todos estos años no ha hecho sino acrecentarse, y me parece que no hay peligro de que nada ni nadie pueda desbaratarla en lo sucesivo: es tan sólida como inamovible. La vida ha pasado muy deprisa y muchas de las cosas que aquí vinimos a hacer están recogidas ya en los anales del tiempo. Quiero decir con esto que no es muy probable que me equivoque en lo esencial al valorar a las personas junto a las cuales he ido caminando: el pasado es ya muy abundante y hay perspectiva más que suficiente para hablar de tales personas sin miedo a errar del todo.

Desde este altozano de la vida puedo afirmar con alegría que Pedro Serna es uno de los artistas más puros y más auténticos que yo haya conocido y que su obra no es ya un proyecto, una simple posibilidad que podrá o no podrá desarrollarse, sino que en gran medida se ha cumplido cabalmente como una de las aventuras más hermosas y sugestivas de la pintura de nuestro tiempo.

Uno de los aspectos más notables de la personalidad de Pedro Serna es la firmeza de su vocación de pintor. Nunca he visto a este hombre distraerse con asuntos que no tuvieran que ver con la pintura, ni desilusionarse como tantos otros en algún momento del camino o al cabo de los años. Lo conocí en los comienzos de su etapa de madurez y puedo dar fe de que siempre ha estado entregado sin desmayo y de manera fatal a su quimera. Ha tenido y tiene la obsesión de su obra. Y digo obsesión porque lo suyo no es mera inclinación ferviente o simple deseo ilusionado, sino, en el mejor sentido de la palabra, verdadera obsesión de hacer, es decir, tendencia irrefrenable a la realización de algo, con ese punto de hermosa locura imprescindible para culminar las tareas más arriesgadas, desinteresadas y grandes, las tareas que en principio nos sobrepasan. Podría decirse incluso —si no se entiende mal lo que digo— que en la imagen espiritual y física de Pedro Serna se advierten los signos del iluminado, del hombre entregado lúcidamente, pero sin remedio, a un sueño que lo arrastra y al margen del cual todo lo demás posee una importancia sólo relativa. Le hablamos al pintor y nos escucha; sonríe; nos dice que sí. Pero algo en su mirada indica que en el fondo está pendiente de otra cosa, que no se olvida ni por un momento de lo suyo, de la labor aún por hacer. Sólo así es posible ir levantando poco a poco una obra tan limpia, tan coherente y tan alta como la que ha logrado levantar Pedro Serna. Las grandes empresas no admiten otra forma de ser en quienes pretenden llevarlas a término.

Y por fortuna el talento para la pintura del que Pedro Serna está dotado se corresponde del todo con su enorme vocación. En los medios artísticos son frecuentes (y desde luego tristísimas) las personas que muestran una sincera y vehemente vocación, pero que por naturaleza cuentan con poco o con ningún talento para que fructifique lo que se proponen. Las facultades de Pedro Serna son por completo prodigiosas. Todo en él es puro instinto certero a la hora de pintar. Es un hombre sin teorías ni intelectualismos. Toma el pincel y pinta. Nada más. Y lo que surge de ese hacer que en Pedro Serna resulta puro acto vital, tan sencillo y tan complejo como el respirar, un acto desprovisto de cálculos, apriorismos o estrategias, es con insólita frecuencia una obra que nos deja sin aliento por su conmovedora hermosura y por su rotunda verdad.

No son demasiadas las ocasiones en las que he visto pintar a Pedro Serna. Para no incordiar, he preferido siempre no acercarme mucho a su caballete en los momentos tan delicados en que está trabajando. He de decir, no obstante, que las pocas veces en que me encontraba presente mientras pintaba alguna de sus acuarelas he asistido a un acontecimiento verdaderamente impresionante por su intensidad. Pedro Serna pinta siempre del natural y con mucha frecuencia en medio del paisaje. Dispone sus bártulos de pintor en el lugar conveniente —en el margen de un camino, en un bancal— y,

después de observar durante breve espacio lo que le interesa, comienza a pintar sin más ceremonias ni preámbulos. Sabe bien que aunque el cuadro que quisiera pintar está de algún modo en el paisaje, en realidad hay que ir descubriéndolo en el propio papel a medida que uno lo va pintando. Desde que empieza a pintar, todo sucede a una velocidad de vértigo. El pintor, transfigurado y sumido en una extraordinaria concentración, hace aquí y allá sobre el papel unos trazos deshilvanados en los que el profano no alcanza a ver mucho sentido. A Pedro Serna, inquieto y nervioso donde los haya —por más que las obras que salen de sus manos sean tan serenas—, se le ve cuando está pintando un constante desasosiego, una muy honda preocupación. Todo está pendiente de un hilo y al fin podrá ser o no ser. Desde luego, hay que darse prisa. Parece como si el pintor temiera que en cualquier momento le fueran a quitar el paisaje de delante de los ojos. Y por cierto su temor está más que justificado, pues la naturaleza, misteriosamente, con ayuda de la tornadiza luz, cambia cada dos por tres los paisajes que nos ofrece, y a poco que el pintor se distraiga o se duerma en los laureles de la contemplación no podrá seguir pintando el cuadro que pintaba. Hay, pues, inquietud y prisa, y un incesante tira y afloja que no sabe uno si al cabo valdrá para algo. Las pinceladas siguen llegando al cuadro en aparente desorden, hasta que de pronto vemos que todo aquel trajín acaba y que en el papel mojado ha surgido como por ensalmo algo que parece respirar, que tiene vida propia y en donde late para siempre esa realidad inestable y esa luz tan fugaz que antes estaban en el paisaje.

A la vocación y al talento de Pedro Serna habría que sumarles, para completar este esbozo breve de su personalidad, la enorme capacidad de trabajo que tiene el pintor, capacidad que a mi juicio no es una cualidad distinta de lo que algunos llamarían facilidad o fecundidad. Las obras de arte no surgen nunca por casualidad o mientras su creador está distraído en otras cosas que nada tienen que ver con ellas. Es cierto que Pedro Serna es un pintor fecundo, pero también es verdad que no es muy frecuente ver a este hombre cruzado de brazos o cazando moscas por ahí. Por eso da gusto acudir de vez en cuando al estudio de Pedro Serna para que nos enseñe sus acuarelas más recientes. Uno sabe de antemano que el pintor no nos va a mostrar dos o tres cositas y ya está, sino que de sus grandes y rebosantes carpetas irán saliendo, como de un mágico caleidoscopio, inagotables maravillas.

En fin, esto es una muestra de lo que a estas alturas de la vida puedo decir yo sobre tan extraordinario y tan completo pintor, sobre la impecable trayectoria que hasta la fecha le he visto trazar. Pero algún día habrá que ampliar estas anotaciones y añadir algunas otras, pues afortunadamente Pedro Serna no ha dicho todavía todo lo que tenía que decir. Su viaje —y quiera Dios que el mío— continúa. Queda aún mucho camino por delante.

JUAN MANUEL BONET

Pedro Serna, luces de acuarela

Si exceptuamos los grandes centros artísticos, pocas ciudades españolas han contado, modernamente, con un plantel de artistas como el de Murcia. De los años veinte -la generación de la revista «Verso y Prosa»- en adelante, nos encontramos allá con toda una serie de pintores que han logrado conciliar un concepto actual de su oficio y un llamémosle «acento» local, hecho como conciencia de pertenecer a una tradición.

Pedro Serna también posee esa conciencia y ha elegido esa tradición. El primer aspecto en que su trabajo enlaza con el de sus predecesores, sobre todo con el de sus admiradores Juan Bonafé y Ramón Gaya, es el técnico. Parece, efectivamente, como si los pintores murcianos tuvieran un especial don para expresarse por medio de esa técnica aparentemente fácil, y en el fondo tan difícil, de la acuarela; como si, en esa tierra en que el agua no se desperdicia, en que es guiada sabiamente hacia aquellos lugares donde más falta hace y mejores frutos dará, quienes se expresan con imágenes plásticas supieran por ciencia infusa cómo levantar sobre el blanco del papel maravillas cotidianas como las que pueblan la obra de Pedro Serna: unos almendros, o unas palmeras, o un muro o un techo de cañas, o una pared rojiza, o un cielo cruzado por unas leves nubes y contemplando desde el Paseo del Malecón, o el horizonte inconfundiblemente murciano de las montañas azules, o simplemente una acequia entre el verdor, o una balsa brillando al sol justo del mediodía.

Pedro Serna conoce los caminos de Europa. Venecia es una de «sus» ciudades. Se ha demorado por la Provenza de Cézanne y por la de Van Gogh. También le atraen Florencia, Granada, Córdoba, Valencia. Todo esto encuentra un reflejo en su pintura, como lo encuentra su admiración por los maestros chinos. Sin embargo, Pedro Serna siempre termina retornando a lo mismo: a su tierra natal. Sabe que, por mucho que el ancho mundo le haga falta para ensanchar su visión de las cosas, para expresarse le basta lo que tiene más a mano, lo que mejor conoce.

El tejido urbano propiamente dicho aparece bastante poco en sus acuarelas, y tal vez haya que ver en ello una callada protesta contra los desmanes que lo han destrozado. A los paisajes de la provincia, en cambio, tanto los casi suburbanos de la huerta como los de valles más alejados, o los del litoral -recuerdo un luminoso interior abierto sobre el mar de Mazarrón de 1988, puro Levante esencial-, se ha acercado innumerables veces. Respecto de esas andanzas, solo, o en compañía de Ramón Gaya y de Manuel Avellaneda, sus acuarelas son como una suerte de diario íntimo.

La primera exposición individual de Pedro Serna tuvo lugar en Granada, en 1967. Al año siguiente celebraba su primera muestra en su ciudad, en la galería Chys, donde Manolo Fernández Delgado ha

mostrado a todos los grandes nombres de la generación de «Verso y Prosa». Chys, a lo largo de los últimos veinticinco años, ha visto volver muchas veces a Pedro Serna. La única de sus exposiciones murcianas que no ha tenido como escenario la grata sala de la calle Trapería fue la que celebró en 1990 en la iglesia de San Esteban. Una de las novedades que aquella selección introducía era la presencia, junto a las acuarelas, de algunos dibujos a lápiz, no menos sensibles.

El año pasado se editó, en el marco del Quinto Centenario, un voluminoso libro en tomo a las «Rutas literarias de la Región de Murcia», coordinado por Victorino Polo García. Las acuarelas de Pedro Serna, que lo ilustran, todas ellas recientes -maravilloso el interior que precede las páginas dedicadas a Miguel Espinosa-, con viven muy bien con los textos, en los que diversos escritores nos invitan al viaje literario, tras los pasos de algunos de sus predecesores.

La espléndida exposición que puede contemplarse en la sala de CajaMurcia (Cedaceros, 11), donde hace poco tuvimos ocasión de contemplar una retrospectiva de Cristóbal Hall, es la cuarta de las que celebra Pedro Serna en Madrid. Su catálogo lo prologan Andrés Trapiello y Pedro García Montalvo. Las anteriores muestras tuvieron por marco las galerías 16 (1980), Macarrón (1985) y Décaro (1987). Con motivo de la última de ellas, Ramón Gaya publicó en «Diario 16» un breve, pero expresivo texto, en el que saludaba por segunda vez -la primera había sido en 1981- a su paisano y compañero de oficio, al que retrata como un pintor de tradiciones, pero además «sumamente nuevo, fresco, reciente», y que logra que el color sea «como una afinación, como una totalidad musical del aire».

PEDRO SERNA
Pinturas 1997



Pedro Serna con Eloy Sánchez Rosillo y Juan Manuel Bonet.

ANTONIO PARRA

No fenómeno, sino vida

El mundo del toreo y del flamenco ha atraído a muchos artistas. Cualquiera puede mentalmente repasar una prestigiosa nómina de autores que han abordado ese tema. También Pedro Serna, entre ellos. Sus colores, su vivacidad, en resumen, eso que con ligereza excesiva llamamos estética, y que muchas veces no es más que esteticén y manicura. Pero también nos atrae -a todos-, no sólo a los artistas- su singularidad ética, la visión del Mundo que conllevan esos mundos y hasta la forma de mirar especial que nos exigen, pues ante ellos -conmoviéndonos o irritándonos- no nos quedamos indiferentes.

Y justo aquí, en esa manera de mirar distinta, comienzan las diferencias entre Serna y muchos otros. Hay con frecuencia -incluso en casos tan distinguidos como el de Picasso- una irreprimible mirada de barracón de feria, como si ese espectáculo sólo tuviese sentido, o sólo fuese digno de nuestra atención, por lo que tiene de extraordinario, de "fenómeno", de anomalía ética o estética. Decía Ramón Gaya que Velázquez no ponía en sus cuadros a los enanos o a otros extravagantes físicos por esa notoriedad física, sino porque eran vida en sí mismos, formaban parte de la vida con mayúsculas. Otros, en cambio, se sienten atraídos por ciertos "fenómenos", precisamente por lo contrario, porque los encuentran obscenos, es decir, fuera de la escena habitual, lejos de lo que es normal, con lo que de paso nos hacen sentir bien en nuestra aparente normalidad.

Con frecuencia, en el flamenco, o en los toros, sólo vemos esa singularidad estética_ o ética que, en el fondo, muchos -aún con aparente admiración- miran en realidad con cierta sorna o con aire de superioridad. Y, en el caso de los pintores y artistas en general, eso se nota también en el resultado. Una bailaora, un torero que inicia un lance, con frecuencia son situados en la superficie del lienzo o del papel como ajenos al mundo, como sorprendidos ahí como un fenómeno extraordinario, situado fuera de la vida misma y hasta de su entorno inmediato.

Otros artistas abordan todo esto sólo desde el punto de vista "artístico", desde la aparente plasticidad del tema, desde la estilización de un determinado baile o desde la 'apostura' pinturera de un torero. Pero Serna no ama a esos toreros -o bailaores y bailarines- que la afición llama "artísticos", llenos de contoneos y maneras más o menos toreras. Los toreros que más han gustado a Serna, como Rafael de Paula, no han llevado ese lucimiento superficial a la plaza. Es verdad que Rafael de Paula, incluso en estos últimos años, cuando las limitaciones físicas apenas le permitían torear, ha sido y es un torero de buena estampa, pero no era eso lo que interesaba a ciertas miradas, como la de Pedro Serna, sino otra expresión de vida que venía de dentro, de otra autenticidad ética que pasa por encima de imposturas estéticas.

Por ello, los toreros o los bailaores y bailaoras o cantaores y cantaoras de Serna nunca parecen solos -vacíos- sino envueltos en una atmósfera vital determinada, aun cuando hayan sido captados en solitario en la plaza o en el escenario, sin eso -otra superficialidad artística- que llamamos ambiente. El ambiente es la cáscara, la atmósfera es lo que viene de lo profundo. En Serna hay uria atmósfera, no un ambiente. Y hay cuerpos, nunca estampas: lejos está su obra flamenca o taurina de ser una 'estampa española', como con frecuencia lo es en otros, incluido, lo repito, en Picasso, aunque, claro, la potencia de Picasso logre vencer incluso a esa superficialidad españolista de sus tauromaquias, en la que a veces incurría el creador malagueño.

El Farruco, María la Soleá, Juana la del Pipa, y tantos otros, cantando y bailando, o ambas cosas a la vez, no son nunca en Serna sombras solitarias -aun cuando en ocasiones han sido puestos sobre el papel actuo.nd o en solitario- ni estampas españolas -pese a que evoquen una determinada atmósfera española- sino una manera de mostrar la vida en su conjunción de alegría y tragedia. Son, en definitiva, una manera de vida, uno de los cauces por el que la vida se expresa.

PEDRO SERNA
Versiones flamencas 2006



Pedro Serna: «Nunca me había entregado a la pintura con tanta fuerza como ahora»

Expone en Chys una serie de óleos y acuarelas pintadas en Murcia, París y el sur de Francia

ANTONIO ARCO • MURCIA

Es una apariencia: Pedro Serna, sereno; pintor tranquilo. Otra apariencia: su pintura —sus acuarelas y, en esta ocasión, sus óleos— es serena. Pedro Serna es parco en palabras, sufre ante la cámara fotográfica y se pone tenso ante

el público. Si pudiera, su obra no atravesaría otros límites que los que marca el círculo (elegido) de amistades. Su lucha es consigo mismo, no con el público, no con el mercado, no con la moda. Pinta lo que quiere (cuando puede) y cuando quiere. Y, sin necesidad de explicacio-

nes, su obra comunica por sí misma los misterios que encierra o que desvela; ese juego de estar y no estar de qué habla Ramón Gaya, maestro y amigo del pintor, se crece en cada búsqueda que inicia con la pintura. Sus encuentros pueden apreciarse (con gusto) en Chys.

La exposición de Pedro Serna, nacido en 1944, casado y padre de cuatro hijos, podrá contemplarse en la galería murciana Chys hasta el próximo 1 de marzo. Es un reencuentro; tras *Viaje a Italia* (título de la muestra del pintor que tuvo lugar en la Asociación de la Prensa, en abril y marzo de 1994), con el mundo —el paisaje, un jarrón, ropa tendida...— que le tienta. Le gusta a Pedro Serna este verso de Rubén Darío: «Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía».

El pintor no conoce la rutina, ni desea confiarse en los trucos del oficio. Lejos de regocijarse en los logros conseguidos, busca incesante: «Nunca me había entregado a la pintura con tanta fuerza como ahora. Quizás, no sé, me entrego demasiado; casi me da un poco de miedo...». La búsqueda tiene una intención: «Pretendo ir más allá, aunque quizá no lo parezca por lo que pinto: están los temas en los que incidí. Pero, aún incidiendo en los mismos motivos, intento que eso no sea lo mismo». Se refiere Pedro Serna a algo que siente «en mí interior y que no puedo explicar con palabras». Algo, desde luego, «que me inquieta mucho».

«Soy una persona nerviosa», dice. «Sereno no sé si lo he estado alguna vez realmente. Aunque sé que puede parecer lo contrario», reconoce el pintor. Para él no es agradable tener que verse las con la prensa; ni dejarse fotografiar, y mucho menos hablar de sí mismo. Busca siempre —salvo cuando expone— el silencio, no estar en el primer plano de la actualidad. No



Pedro Serna, fotografiado ayer en el Casino de Murcia. / MARTÍNEZ BUESO

participa en actos culturales, ni suele opinar sobre otros pintores, ni sobre temas que se alejen de la pintura: «No me apetece hacerlo, quizás en parte porque, a lo mejor, no tengo cosas interesantes que decir sobre otras cosas». Y su pintura, ¿tiene interés?: «Quizás a eso tengan que responder los demás. Yo pienso que, a veces, sí puede ser interesante lo que digo. A pesar de los miedos, a veces pienso que, quizás, lo que haces...». «El miedo que siento es una cosa inexplicable,

pero no desaparece», explica a propósito de la tensión con la que vive las inauguraciones. «Si pudiera —añade— no exponería. Lo ideal sería juntarse algunos amigos y, después de tomar café, ver la obra y comentarla un poco; pero confiarla al público no es una cosa que me guste».

«Cuando pinto no lo hago pensando en el público, ni en exponer. Salgo siempre a pintar al exterior, y mucho a ver el paisaje. Los lugares te llaman un poco, es cierto,

pero luego, cuando vas a pintar a ellos, varían mucho de un momento a otro, de un día a otro; la luz...». La obra que expone en Chys ha sido pintada, en parte, en el sur de Francia, «me interesa mucho, suelo ir con cierta frecuencia», y en París: «Nunca había estado allí en primavera, y es preciosa; tiene unos verdes maravillosos. Los cielos de París siempre me han llamado la atención; cambian mucho y son una maravilla. En verano estuve y, sin embargo, el cielo era muy azul durante todo el tiempo. En visitas anteriores llovía con mucha frecuencia y tenía que interrumpir a menudo la obra».

«Pintando al natural es más fácil que te llegue el mensaje de lo que está pasando allí. La dificultad está en que lo tienes que hacer muy deprisa, porque a veces es cuestión de instantes captar la luz... Si no tienes un trabajar rápido es difícil recoger eso». Le pasó con un cuadro pintado en los paisajes de Ceuti: «Había pintado una acuarela con la luz de la tarde. Mientras recogía empezaron a encenderse lucés en el valle y era precioso. A toda velocidad volví a coger los pinceles y el cuadro lo tuve que terminar con las lucés del coche encendidas». Otra obra, *El mantel de París*, surgió de forma distinta: «Ese mantel lo compró Isabel durante nuestra última estancia en París; la primera vez que lo lavó, lo pinté. Está pintado en el estudio de Los Urrutiás. Me gustó esa imageri de la ropa tendida». Rara vez atiende Pedro Serna a

Carta de Barcelona

Pedro Serna y el milagro murciano

VENIA yo de ver en Valencia la gran exposición antológica del argentino Alberto Greco, y me pesaba, por no ser mi demarcación habitual, no haber escrito nada sobre ella. Me sentía en deuda no sólo con él y con Quico Rivas, a cuya impropia solicitud se debieron la exposición y el magistral catálogo, no menos áspero, sino también con nuestras buenas amigas Carmen Alborch y Encarna Jiménez, que han hecho del IVAM, con exposiciones así, un verdadero refugio de viejos encuentros y amistades nuevas; es decir, de lo más opuesto a esa congoja que el arte del atormentado y, como todo atormentado, gran simulador, ingulso contra el mismo, pintor sudamericano. Una congoja como para no poder ocultar que viere ese arte con un trasfondo de tanto migrante y desesperanzado, como el «Cambeleche» que días pasados recordaba en estas páginas el maestro Campmany, de tan sorotado apellido alcompuandés. Porque, ante el talento evidente y con desgano de Alberto Greco, cómo no pensar que fue víctima, en buena parte, de ese siglo XX «problematizado y febril», en que «el mundo es y será una poquería», tal y como Dióscopo lo dejó cantado y visto para sentencia?...

Por extraño que pueda parecer, la actual exposición de Pedro Serna —otro fino murciano, como Campmany—, en la galería de María Salvat, con ese aire tan rozagante de las acuarelas de nuestro pintor, es lo que más nos ayuda a comprender la tragedia de Alberto Greco y su histriónico patetismo, justamente porque aquéllas le son tan contrarias. En estas acuarelas de Serna como, en general, en toda la pintura murciana de este siglo —con raíces que llegan cuando menos hasta Sotillo y pasan, en un ayer más próximo, por un Eduardo Rosales cuando, casi último ya pero no vencido todavía, estuvo y pintó en Murcia— aienta esa especie de reconciliación con la vida que, desde sus primeras cosas, bien se ve que el bonarrongo Greco no iba a alcanzar. Ni siquiera a través de una pintura como la por él ejercida, en la que tanto ponía de su propia vida y su propio mundo.

Pero quizá no se trataba de eso, como Ramón Gaya nos viene enseñando desde hace tiempo. No se trata de poner, y menos de hacerlo con la truculencia que, en las artes, tan de costumbre se nos ha vuelto hoy, incluso para lo más anodino. Tal vez tampoco se trate de restar únicamente, sino de un poner restado, algo equivalente a lo que Greco quizá se propusiera, según un dicho de su tierra, pero sin con-

Galería María Salvat
Muntaner, 239

Hasta el 20 de enero
De 80.000 a 180.000 pesetas

seguido: ser capaz de «resbalar en lo seco y perarse en lo mojado». Lo que, aplicado aquí a las acuarelas de Pedro Serna, parece cobrar un especial y muy apropiado sentido, hasta técnicamente. Como *quésta que sea, dejemos apuntado —y, subrayado— el hecho para mi*

indudable de que si algo caracteriza a la pintura de Serna es, sobre todo y en contraposición a la de Greco, la serenidad, una cierta levedad del ser, pero en la integridad de la presencia de las cosas que, según dije en otro lugar, ellas parecen tener en determinadas pinturas



«La ventana de mi estudio»

«Si algo caracteriza a la pintura de Pedro Serna es, sobre todo, la serenidad, cierta levedad del ser pero en la integridad de la presencia de las cosas. Una serenidad que trasciende a la persona misma del pintor»



«En el molino de Funes»

como novedad permanentemente irrepelida. Y a esa serenidad, que es a la que, en seguimiento de Ramón Gaya, llamo «el milagro murciano», se empezó a ver claramente en pintura a partir de lo que ya hoy —con argumentos como el del aditivo museo dedicado allí al propio Gaya— se perfila bien, históricamente incluso, como algo que, desde la proyección de la generación del 27 en Murcia, tiene en ella constancia y continuidad de escuela pictórica permanente. Sobre ella tendremos que volver, espero que a no mucho tardar, cuando el museo que acabo de citar ponga en marcha alguno de sus proyectos inmediatos, pero que no me siento autorizado para desvelar.

Claro está que Pedro Serna pertenece a esa escuela, y que la serenidad que digo es algo que trasciende a la persona misma del pintor, o que, en cualquier caso, se debe, más que a él, a esa «no se sabe bien qué del ser de la pintura», al que también me ha referido en otra parte. Por eso el parecido de sus acuarelas con las de Gaya procede, sobre todo, de lo que ambos tienen en común como anterior e uno y otro, aunque por supuesto el camino del más joven de ellos pasa por el del más veterano. Por ello éste es el que mejor define a aquél cuando nos dice, por ejemplo, que en las acuarelas de Serna la belleza natural «no es buscada como podían parecerse las de algunas de la pintura japonesa», y que el color es en aquéllas «más que el color de las cosas, el color del aire, como una afinación, como una tonalidad musical del aire». Y no es que, como con palabras ironía también nos dice, el tema, los temas, casi no existan en dichas obras, sino que los enumerados por él, y otros que nos subyugan en la extraordinaria exposición actual de Pedro Serna en Barcelona (tales como el de la lluvia resbalando por los citales de su estudio al tiempo que los golpea o los va empujando; o el del viento al que se puede seguir en la diversa inclinación de las ramas de unas palmeras o los tallos de unos bambúes, cuyo desorden en el espacio obliga a aquél a entablar con ellos diálogos diferentes), constituyen temas tan, por insólitos y casi imposibles para dichos restándoles cualquier extraordinariedad suya, que no recuerdo hayan sido expresados así, tan honda y delicadamente, por nadie.

Es decir que, por su absoluta novedad, son algo tan actual, tan de vanguardia, como «el milagro murciano» en arte talmente lo sigue siendo.

Rafael SANTOS TORROELLA

Arte

TOMAS SEGOVIA

Pedro Serna

El lugar desde donde se mira y el lugar desde donde se habla son radicalmente ajenos uno a otro.

De esa brecha nace la existencia misma de la pintura. Si el pintor pinta lo que su mirada ha visto, es que eso no se puede decir, sólo se puede pintar. Por eso la lectura de crítica de pintura es la más frustrante que pueda haber; no por alguna particular incapacidad de quienes la practican, sino porque incluso la más brillante o la más honesta sigue siendo necesariamente un malentendido: si se pudiera decir con palabras (secrías, para colmo) lo que los cuadros muestran, la pintura saltaría sobrando.

Hay pintores que ponen de manifiesto esa vanidad de la crítica de manera particularmente hiriente. Es natural que la crítica los esquive todo lo posible. No los encontramos en las noticias, en los "informativos", en las listas de premios, en los "panoramas de las artes"; hay que buscarlos de manera personal y púdica, haciéndonos sordos para los prestigios y los desprestigios como ellos se hacen mudos para la palabrería artística. Todavía hoy es difícil encontrar un pintor donde esto se vea con tanta transparencia como en Pedro Serna. Su pintura es la más limpia que pueda imaginarse, limpia de lucubraciones, de literatura, de toda trama de tesis y teorías. Digo "limpia" y no "pura" porque esta última palabra puede sugerir cierto enredijo del arte moderno del que justamente él se ha librado con admirable soltura. La modernidad se hizo en efecto un lío con esa especificidad de lo que puede pintarse y no decirse; se puso a buscarlo. No es verdad en absoluto que el que busca halla. Ojalá, pero si así fuera, el arte estaría lleno de hallazgos, mientras que lo que hay, nos consta, son muchos buscadores y muy pocos hallazgos. Lo que vemos en realidad constantemente es que el que busca inventa. Nuestra científica época es una época de buscadores y por eso está llena de inventos pero escasa de hallazgos. Pero el invento no sólo es decible, sino que está siempre ya dicho.



Lo que Pedro Serna pinta es pintable y sólo es pintable.

Es la verdad de lo visible: lo visible mirado. Sólo la mirada sabe que la verdad de lo visible es ser mirable. Hay una falsa visibilidad, la de la alucinación, la de la autosugestión, la del retruécno visual; una visibilidad inventada que nace quizás, a veces, del ojo, pero no de la mirada. El pintor de realidades inventadas tal vez las ha vistas (supongamos...), pero a ellas ha mirado. Ese enredijo del que hablo llevó a cierto arte "moderno" a dar una piveta y caer precisamente donde no quería. Si el orgullo y el temor aprensivo ante la realidad le ampuja a poseerse por encima y a salvo

de ella, incontentado y insuficiente, es sin duda para preservar lo específico de lo que sólo el arte, o más bien el artista, puede dar a ver. Pero ese purismo del ver le lleva a no mirar, con lo cual ha falsado la verdad misma del ver. Todo ese sector del arte moderno es un arte que no mira. La pintura llamada no-figurativa es evidente que sí figura; es más, no hace más que figurar; lo que no hace es mirar.

Pedro Serna no es pura en este sentido. No es de los que cierran aprensivamente los ojos cada vez que la mirada amenaza con sacarlo afuera,

desmudos frente a la soberana realidad donde podrían disiparse las visiones que son su propiedad privada, y que sólo los abren para vigilar la tela donde las reflejan como

"Lo que Pedro Serna pinta es pintable y sólo pintable. Es la verdad de lo visible: lo visible mirado"

en un halagador espejo. Todo lo contrario: quien haya visto pintar a Pedro Serna habrá presenciado el espectáculo de un hombre absolutamente poseído por la mirada. Ante ese espectáculo todos pujan inevitablemente en un

animal de presa. Pero yo diría que la verdadera presa es él. La mirada es infinitamente predatoria: devora lo que mira, pero también al que mira. Pues la mirada es esa devoración que no destruye, que se alimenta sin consumir, y por eso lo que en ella devoramos no lo poseemos sino que nos posee, y por eso la vocación de la mirada es la belleza.

Las acuarelas de Pedro Serna son la realidad misma. Pero la realidad misma es la realidad vuelta en sí, no la simple realidad vista sino realidad mirada. Lo que va de lo visto a lo mirado es lo

Palabras para un pintor



Pedro Serna. JOURNALIST -

La limpidez de Pedro Serna

RAMÓN GAYA

NO HACE mucho tiempo pude oírle a un *alguacil* (alguacil, desde luego, de cierto prestigio... intelectual) que la obra de *tal otro* (se trataba de un poeta amigo mío y mío), aunque valiosa, carecía de interés, ya que había sido renfiada dentro, sin más ni más, de la muy sabida y consabida "tradición", o sea, sin novedades, sin originalidades, sin matices, sin sorpresas. Este *criticador* íntegro (buen hijo de su siglo) ignoraba, pues, que todo aquello que no es tradición, no es ya que sea "plágio", como se ha dicho -cuando también-, sino que todo aquello que no es tradición en realidad no es nada, no viene a ser nada, no existe verdaderamente.

Tradición no es, como suele pensarse, un viejo modo de ser, y que... perdura, sino el nervio central del ser mismo; no, no es una simple muestra, una simple costumbre... transmitida, una simple rutina... vacía, sin vigor, en fin, envejecida, curarecida, ya estanca, inservible. Tradición, por el contrario, es una sustancia viva, siempre viva, rica, originaria y... eterna, sucesivamente eterna; tradición es *aviva* materna, médula ínterna que lleva y conlleva el propio ser, la propia condición del ser. Tradición no es, en absoluto, pasado, sino... *antigüedad*

original, vital, presente y *perenne*.

Pero nosotros—actuales—hemos caído un mal día en la tentación (sin duda alguna *denudada*, ya que este trío plebeo viene a ser un estúpido *combustivo* de soberbia, vanidad, caprichosidad y ociosidad... *revoltosa*), hemos caído, digo, en la tentación de *entrar*, demasiado *alegremente*, el delgadísimo hilo de la vida, de la continuidad de la vida. No se sabe muy exactamente cuándo ni dónde se produce este extraño fenómeno artificial de romper, de partir, con la tradición, convirtiéndola así en *ochenta* y tantos años *distinta* en un verdadero, en un *hacerse* de novedades.

En los poemas y en las pinturas de hoy ya *no* esperamos nunca encontrar... valores—los antiguos y fijos valores de la vida—, sino tan sólo *nuevos* ocurrencias, *nuevas* y frías apariciones de ocurrencias; estando así *facetas*, cuando alguien, como es el caso de nuestro *suñetino* pintor *marchado*—por *consuetud*, por *maternalidad*, por *pureza*, por *finura* y *firmeza* de *sentimiento*, por *vigoroso* y *riguroso* instinto—se *niega* a *comulgar* con *ruedas* de *molino* (o con *parangos* y *máquinas* de *coser*) y nos entrega, con *arrogante* sencillez, estos *hermosísimos* *trazos* de *pincel* *legítimos*, lo cierto es que nos *desconcertamos* *tantísimo*, como cuando alguien dice...

una *verdad*.

Pedro Serna se ha negado a romper con la tradición—como en cambio *marchaban* los tiempos—, pero ha sentido y visto muy bien que tampoco se trataba de estar, como *monigotes*, *apostentados* en ella, *caídos* de *braces* en ella; la tradición no es un lugar de estar, sino de *ir*, pero de *irnos* sin *desentendernos* nunca, sin *obedernos* nunca de su viejo y lejano *manantial*. Ni siquiera se trata de... *resucitar*, de *revitalizar*, de *revivir* la tradición, como *podría* suponerse, sino de *revivirnos* nosotros—actuales—en ella, en su fondo, en un *poese*. No, nada de volver al pasado—*qué tontería*—, sino... *volvemos* hacia él, pues eso sólo es ya un *adelanto*, parece ser que ha dicho un *músico*, un gran músico.

LOS VERDADEROS *inventores*—quiere decir Giotto, Masaccio, Van Eyck, Michelangelo, Tiziano, Vermeer, Cimabue, Van Gogh, Picasso...—no es que *amanzaron*, *dicieron*, en *luz* y de *buenas* a *pinturas* *no* *lucen* a *inventar*... cosas, *novedades*, *modernidades*, sino que *volvieron* los ojos y las orejas *hacia* *ese* *fondo*... *antigüedad*, *maternal*, y *zucagaron* *allí*, en lo más *lejano*, *más* *escondido*, *más* *percibido*, lo que *nos* *faltaba*. Los *simples* *novedades*, ya es *sabido*, *ap-*

roveces a los originales, es decir, a los que vienen de un origen real.

Recuerdo curioso que esas *plantas* de alguien que no ha sido, en absoluto, con la tradición, sean tan poco *tradicional*; porque la verdad es que Pedro Serna—que no es, claro, un *novedoso*—resulta, hoy, un *pintor* *sumamente* *nuevo*, *fresco* *reciente*. El tema casi no existe—una pared por donde *resbala* un sol más bien tenue, *fresco*, *nuevo*, pero muy *substancial*, *activo*; un cielo un tanto *esquivo*, que *hace* *marcharse*, *disparejar*; las *sombras* de unas *ramas* que no *ve-*mos; la *sombra* de un *círculo* que *está* en el *recuerdo* de papel *Whit-*man que se *no* *ofrece*; una *caja* *sin* *fisonomía* y... *sin* *techo*; el *horno* de una *alfaraca*; la *pinchada*, que, a *diferencia* del *terro*, aquí sí existe—y, por cierto, de una gran *bellura* *natural*, no buscada como *podrían* *parecerse* algunos de la *pintura* *japonesa*; el color es aquí, más que el color de las cosas, el color del *aire*, como una *afinación*, como una *totalidad* *mística* del *aire*.

Si yo tuviera que darle un *buen* consejo a tal o cual persona que *vaya* la *pintura* de Pedro Serna, lo diría que no se *asustara*, que no se *desconcertara*; lo diría que la *pintura*, aunque *muy* *razonante*, puede ser así de *entera* y *verdadera*, así de... *limpia*.



Suplemento de Cultura
coordina
José Luis
Borgo

Número

131

↳ Eloy Sánchez Rosillo nos habla de 'Pedro Serna, pintor'

página 23

↳ Poemas de Felipe Benítez Reyes y Juan Lamillar

página 25

↳ Artículo de Andrés Trapiello titulado 'La vida corriente'

página 27

Pedro Serna, pintor

(1990)

ELOY SANCHEZ ROSILLO

DURANTE BASTANTES años Pedro Serna ha sido un pintor casi secreto.

Incluso en Murcia, su ciudad, la ciudad en la que vive y trabaja, era hasta no hace tanto un pintor del que apenas se hablaba. Y, fuera de Murcia, son aún muy pocos los que conocen y valoran su obra. Pero la escasa atención que se le ha prestado a Pedro Serna no tiene, para mí, onchelo de sorprendente. Estoy curado de espantos y no me extraño ya de casi nada de lo que sucede en esa especie de mundo al revés que es en la actualidad —una actualidad que comenzó hace muchos años y que no sabemos hasta cuándo seguirá imponiéndose— el mundo de las artes y, muy especialmente, el mundo de las artes plásticas. ¿Cómo voy a sorprenderme, a estas alturas, de que un creador como Pedro Serna —uno de los pocos pintores verdaderamente importantes, verdaderamente auténticos que ha dado España en los últimos años— no haya conseguido hasta la fecha reconocimiento suficiente? Calidad y autenticidad no son valores que coficen hoy en el mercado del arte. En ese confuso y zafio mercado —que fabrica prestigios nacionales e internacionales de la noche a la mañana— se valora, sobre todo, como es sabido, el más difícil todavía, la última y más arriesgada pincelada de la *novelty*. Y Pedro Serna no es, desde luego, un pintor *noveloso* al uso. Su camino, desde el principio, ha ido por muy distinto lado y toda su obra ha sido realizada —calladamente, sin aspavientos y sin trucos— al margen de esa gran potestad que hemos dado en llamar *modernidad*.

Hace ya casi veinticinco años que el acuarelista Pedro Serna (nacido en 1944) echó a andar como pintor. Su primera exposición es de 1967. Desde entonces hasta ahora ha ido mostrando públicamente sus cuadros con regularidad. No estoy hablando, pues, de un recién llegado, sino de alguien que ha hecho poco a poco las jornadas de su camino y cuenta ya con una dilatada trayectoria. Dentro de la producción de este pintor, de formación autodidacta, pueden distinguirse dos grandes períodos: la etapa de aprendizaje y búsqueda, que concluye, aproximadamente, hacia 1977, y la etapa de madurez, que va del mencionado año hasta el presente.

Yo conocí a Pedro Serna en 1979, es decir, al comienzo de sus años de plenitud, cuando el pintor se había ya encontrado a



Dibujo de Isabel (Pedro Serna).

si mismo y, dueño de los recursos de su arte, empezaba a adentrarse en la limpia y serena verdad de su mundo propio. Puedo decir que he seguido atentamente a lo largo de los años, con emoción y con asombro crecientes, la prodigiosa evolución de la pintura de Pedro Serna. Y hablo de evolución porque, desde el momento mismo en que el pintor alcanza la madurez, su obra no ha dejado de experimentar una progresión y un desarrollo constantes. La pintura de Pedro Serna, que, si atendemos sólo a los motivos más frecuentes en ella, resulta, en apariencia, reiterativa (como, también de manera engañosa, suele resultar la obra

de casi todos los grandes creadores, obsesionados a lo largo de sus vidas finalmente con unos cuantos temas, con sus temas), es, por el contrario, de una extraordinaria variedad y riqueza de formas, de registros, de matices, de intencionalidades y de tonos. Y lo más asombroso es que toda esa diversidad se conjuga siempre armónicamente, sin enfrentarse ni rechazarse entre sí, sin forcejeos ni estiracimientos, con una gracia naturalidad.

El mundo de Pedro Serna se circunscribe casi exclusivamente al marco del paisaje murciano, aunque el pintor, de manera ocasional, haya trabajado, con resul-

tados asimismo excepcionales, en otras latitudes (Valencia, Granada, Córdoba, el sur de Francia, Inglaterra, Italia). La huerta, el campo y la costa de Murcia constituyen el ámbito, tan reducido como inagotable, en el que las límpidas acuarelas de este creador —nada localista, por otra parte— encuentran su humilde y rotunda universalidad. Existe en la pintura murciana toda una tradición paisajística, que culmina en el primer tercio de este siglo en diversos creadores de desigual valor y de muy disparas trayectorias (Juan Bonañé y, sobre todo, Ramón Goya Serrián, sin lugar a dudas, los más altos representantes de esta pecu-

liar tendencia pictórica). Pedro Serna, que, como antes he dicho, ha ido levantando su obra al margen de los movimientos y de las corrientes vanguardistas de nuestro tiempo, se acoge valientemente a la mencionada tradición y, dentro de ella, sin inventar nada —el verdadero creador no tiene nunca nada que ver con los inventores, sino que ha de avenirse con humildad a que en él se continúe un misterio que viene de muy lejos—, consigue una pintura en la que por fortuna se oyen ciertos ecos ilustres del pasado, pero en la que sobre todo se escucha su fresca y nueva y personalísima voz.

BIEN POCO es lo que Pedro Serna necesita para decir esas aculelas suyas en las que vibra diáfina y sencillez de una complejísima e intensa realidad. Su pincelada —tan sobria y casi ascética como sensual— va dejando sobre el papel con trazo firme y rápido la esencia esencialidad de los paisajes contemplados. Ningún exceso, ningún *ostentato*. Todo está dicho aquí con una voz muy queda, sin efectismos. No busca Pedro Serna en el paisaje lo que en éste hay a veces de espectacular, sino la linpia desnudez natural con que la realidad, por lo común, se basta para manifestarnos su riqueza. Mírcanos los cuadros de nuestro pintor. ¿Qué es lo que vemos en estas acuarelas? Acaso, un viejo balneario del Mar Menor, o un balcón con geranios; tal vez, un caserón destatado, en medio del campo, o una alberca en la que se reflejan las lentas nubes de la tarde; vemos, asimismo, una acacia rumorosa, unas cañas, este árbol y su sombra, la tapia de un huerto, unos montes azules y lejanos. Hay, también, mucho silencio, mucha soledad. Se diría que no es demasiado lo que aquí se nos ofrece. Pero en la íntima luz de esta despojada realidad palpitan siempre la gracia y el misterio de la vida.

Hace ya once años que comencé a ver a Pedro Serna. Durante todo este tiempo, he tenido la suerte de observar muy de cerca cómo iba su obra creciendo y acercándose. En muchas ocasiones me ha mostrado el pintor, en su casa, por la tarde, a la hora del café, las acuarelas aún húmedas que había pintado por la mañana. Y mientras las contemplaba, lleno de admiración, me he congratulado siempre del rigor y la ejemplaridad con que este hombre afortunado va día a día cumpliendo su destino.

Pedro Serna

TOMAS SEGOVIA



El jardín, de P. Serna (Acuarela sobre papel 21 x 28 cm.)

EL LUGAR desde donde se mira y el lugar desde donde se habla son radicalmente ajenos uno a otro. De esa brecha nace la existencia misma de la pintura. Si el pintor pinta lo que su mirada ha visto, es que eso no se puede decir, sólo se puede pintar. Por eso la lectura de crítica de pintura es la más frustrante que pueda haber; no por alguna particular incapacidad de quienes la practican, sino porque incluso la más brillante o la más honesta sigue siendo necesariamente un malentendido: si se pudiera decir con palabras (escritas, para colmo) lo que los cuadros muestran, la pintura saldría sobrando.

Hay pintores que ponen de manifiesto esa vanidad de la crítica de manera particularmente hiriente. Es natural que la crítica los esquive todo lo posible. No los encontraremos en las noticias, en los *informativos*, en las listas de premios, en los *panoramas de las artes*; hay que buscarlos de manera personal y púdica, ha-

ciéndonos sordos para los prestigios y los desprestigios como ellos se hacen mudos para la palabrería artística. Todavía hoy es difícil encontrar un pintor donde esto se vea con tanta transparencia como en Pedro Serna. Su pintura es la más limpia que pueda imaginarse, limpia de lucubraciones, de literatura, de toda tramoya de tesis y teorías. Digo "limpia" y no "pura" porque esta última palabra puede sugerir cierto enredijo del arte moderno del que justamente él se ha librado con admirable soltura. La modernidad se hizo en efecto un lío con esa especificidad de lo que puede pintarse y no decirse; se puso a buscarlo. No es verdad en absoluto que el que busca halla. Ojalá, pero si así fuera, el arte estaría lleno de hallazgos, mientras que lo que hay, nos consta, son muchos buscadores y muy pocos hallazgos. Lo que vemos en realidad constantemente es que el que busca inventa. Nuestra científica época es una época de buscadores y por eso está llena de inventos pero escasa

de hallazgos. Pero el invento no sólo es decible, sino que está siempre ya dicho.

Lo que Pedro Serna pinta es pintable y sólo pintable. Es la verdad de lo visible: lo visible mirado. Sólo la mirada sabe que la verdad de lo visible es ser mirable. Hay una falsa visibilidad, la de la alucinación, la de la autosugestión, la del truécano visual; una visibilidad inventada que nace quizá, a veces, del ojo, pero no de la mirada. El pintor de realidades inventadas tal vez las ha visto (supongamos...), pero no las ha mirado. Ese enredijo del que hablo llevó a cierto arte moderno a dar una pirueta y caer precisamente donde no quería. Si el orgullo y el temor aprensivo ante la realidad le empuja a ponerse por encima y a salvo de ella, incontaminado y autosuficiente, es sin duda para preservar lo específico de lo que sólo el arte, o más bien el artista, puede dar a ver. Pero ese parismo del ver le lleva a no mirar, con lo cual ha falseado la verdad misma del ver. Todo ese sector del arte moder-

no es un arte que no mira. La pintura llamada no-figurativa es evidente que sí figura; es más, no hace más que figurar; lo que no hace es mirar.

PEDRO SERNA no es puro en este sentido. No es de los que cierran aprensivamente los ojos cada vez que la mirada amenaza con sacarlos afuera, desnudos frente a la soberana realidad donde podrían disiparse las visiones que son su propiedad privada, y que sólo los abren para vigilar la tela donde las reflejan como en un halagador espejo. Todo lo contrario: quien haya visto pintar a Pedro Serna habrá presenciado el espectáculo de un hombre absolutamente poseído por la mirada. Ante ese espectáculo todos piensan invenciblemente en un animal de presa. Pero yo diría que la verdadera presa es él. La mirada es infinitamente predatoria: devora lo que mira, pero también al que mira. Pues la mirada es esa devoración que no destruye, que se alimenta sin consumir, y por eso lo que

en ella devoramos no lo poseemos sino que nos posee, y por eso la vocación de la mirada es la belleza.

Las acuarelas de Pedro Serna son la realidad misma. Pero la realidad misma es la realidad vuelta en sí, no la simple realidad vista sino la realidad mirada. Lo que va de lo visto a lo mirado es lo que va de lo pintado a lo vivo. Esa traición, esa suplantación a la que alude la expresión familiar "de lo vivo a lo pintado", una pintura como ésta la invierte: en lugar de mirar en el cuadro lo que el ojo ha visto (llegado de fuera o proyectado desde dentro), es el cuadro el que mira, el que vuelve a lo vivo, salvado de su insignificancia, para que sea por fin lo vivo mismo. En eso la pintura de Pedro Serna es verdaderamente única: una mirada tan intensa y a la vez tan limpia es casi milagrosa. Es el milagro que obra la inocencia, esa otra pureza no buscada, no defendida: en la mirada limpia, como en el pensamiento limpio, la verdad ni se busca ni se descubre: se da.

La vida corriente

ANDRÉS TRAPIELLO

PRECISA el pintor de acuarelas, como es sabido, de un don acaso no tan valioso para otros creadores: el de poder, en un golpe de vista, interceptar la huída del tiempo.

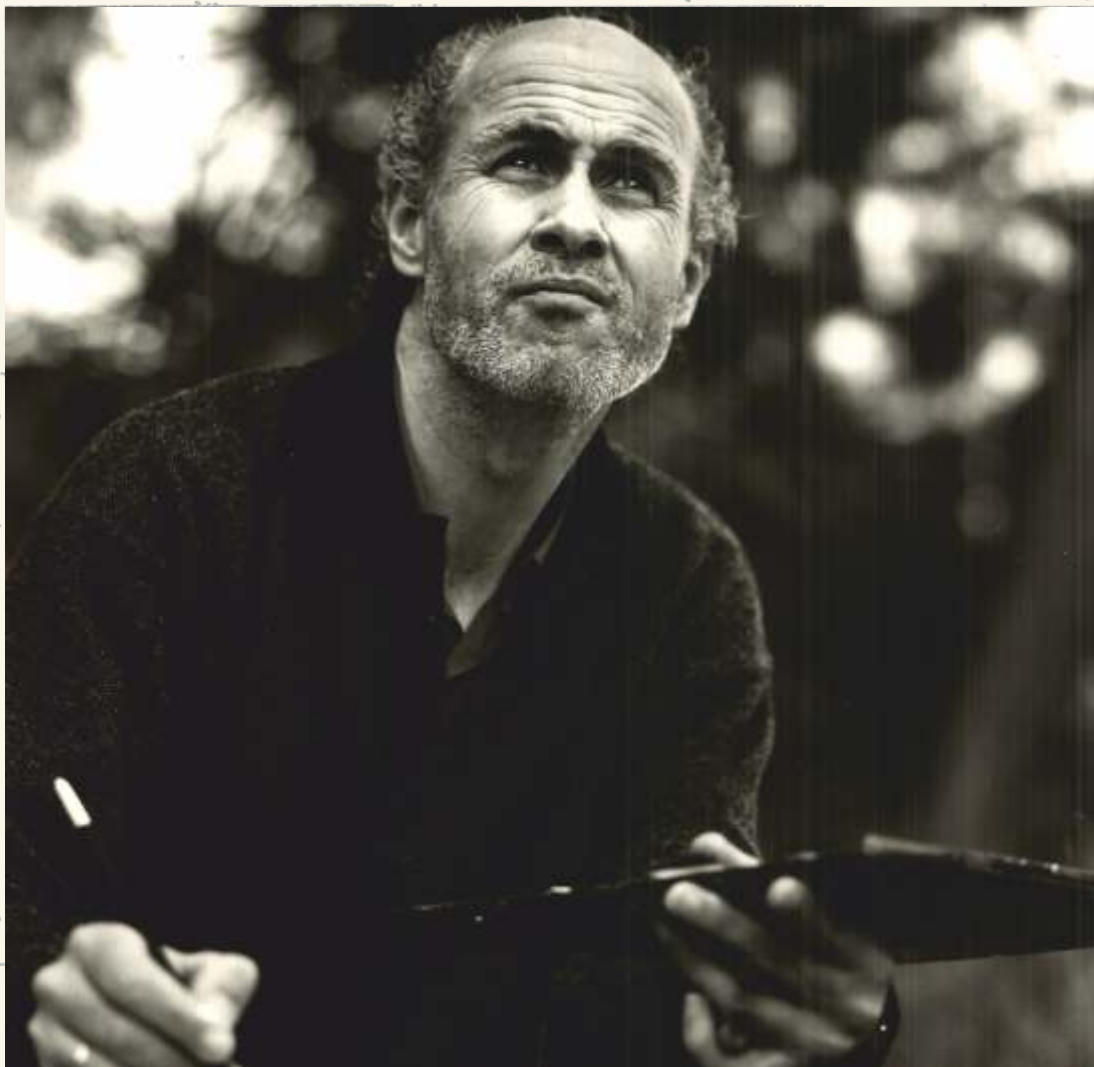
A un acuarelista lo vemos siempre acucjado, urgido por la realidad, como si ésta no le diese sino un plazo muy corto, unos minutos tan sólo, para comprender sus más hondas misterios. Es como si no conociera el sosiego.

Cuando decimos que un escritor o un pintor persiguen la belleza y la verdad de las cosas no estamos diciendo sino que persiguen aquello que la belleza y la verdad tienen de inaprehensible, el es que una y otra no son ya, en sí mismas, quimeras suaves y espirituosas.

Hace ya no pocos años que somos testigos de estos trozos de vida que con regularidad monástica nos va entregando Pedro Serna. Hay en ellos, naturalmente, verdad y belleza, pues su primera cualidad tal vez sea ésta de ser verdaderos y armónicos, pero como ocurre siempre con los grandes creadores, su verdad y su belleza son distintas de la verdad y la belleza de la vida, que una y otra, sin embargo, completan y enriquecen. No las replic, sino que nos las da nuevas.

De todas las maneras de representar la realidad en arte, será tal vez el dibujo el que más cerca se encuentra de la vida, por cuanto toma de ella una anotación urgente. Y, sin embargo, cuando un dibujo llega a lo más insólito de todo, a los más voladizo que tiene el cuerpo de las cosas, es decir, cuando alcanza el alma de ellas, un dibujo es, sobre todo, pintura. Casi se podría decir que el dibujo es más pintura que la propia pintura. Así se lo oímos decir, hace ya mucho tiempo, a Ramón Gaya, frente a unos breves, mínimos e inabarcables dibujos de Rembrandt. Y así es.

Las acuarelas son, en este sentido, un dibujo con agua. Al acuarelista, sin embargo, se lo reserva, no sé por qué, un modesto lugar en el escalafón de los oficios pictóricos. Quizá por el carácter de sus obras, casi siempre en pequeños formatos, hechas en hojas de papel y realizadas por lo general sobre el terreno. A todo el que sale a pasear por el campo, o recorre nuestras viejas ciudades, se le tiene un poco, porque los tiempos favorecen los lugares extraños, de atmósfera viciada, y no a caminantes, peregrinos y transeúntes. Como en un parque se anuncia el otoño o irrumpe la primavera, en las pinturas de un



Pedro Serna.

acuarelista como Pedro Serna las estaciones tienen principalísimo colquio. Hojas verdes, hojas secas, las suyas son siempre obras del tiempo y su representación.

UNO DE los rasgos más advertidos de estas pinturas que van saliendo de sus manos como criaturas vivas, es que son todas, sin excepción, eso, vivas. Esa es su excepcionalidad. Con unas podemos entendernos mejor que con otras, o parecemos más hermosas, o más hondas que otras, pero de todas podemos afirmar que tienen su vida propia.

Un arte, o una novela o un poema, que no nos remite de inmediato a la vida es que nos habla no ya de su arte, sino de su fracaso.

El que estas pinturas de Serna estén hechas de tan poco, agua

y polvo, ceniza y aire, es lo que les proporciona esa fragilidad que tiene la vida. Y lo menos memorable que la vida posee, me parece a mí, es el aire, sin el cual, sin embargo, no podemos vivir. En el *Quijote* nos habla Cervantes de un "agua sabrosa", aquella precisamente que no sabía a nada, sino sólo a agua.

En la pintura y, claro, en las novelas y en todas las demás obras en las que uno trata de traer a la verdad y la belleza del mundo su propia verdad y belleza, tenemos que toparnos con el aire y ese agua sabrosa, única que de verdad puede saciar nuestra sed; y de no ser así, sería mejor dejarlo todo y estar-se callado.

Indefectiblemente en estas obras de Serna nos las habemos con aire y agua. Es todo lo que hay en sus acuarelas, en sus escenas de la vida corriente.

Se ha usado en español de una manera despectiva esta expresión, en tanto que la referimos a vida gris y sin carácter. Pero se nos escamotea en ella lo que tiene de suprema verdad, a saber: que sólo la vida que corre es vida, como sólo el aire que corre está lleno de vida y puede darnosla. El aire quieto se corrompe y el agua estancada se pudre; son precisas, en la vida y en el arte, pues, las corrientes de aire y el agua que fluye, y aun la que se precipita en tormenta.

TAL COMO están los tiempos, estas pinturas, mínimas también e inabarcables, son una tromba de aire puro, circulante y libre, y no ya corriente de agua, sino contracorriente de ella y contracorriente de estos mismos tiempos.

El movimiento en las acuarelas de Serna, su agitación y de-

sasosiego, es constante: hacia el pasado de la pintura, de donde nacen, y hacia el porvenir de la vida, donde las esperan.

Pasa para nosotros el tiempo, queremos volver a minutos de ayer, perdidos, y nos entristece la sombra que nos aguarda. Si quisiéramos recordar muchas de las acuarelas de Serna, advertiríamos que nos ocurre igual que con la vida, y que han dejado en nosotros polvo, ceniza, nada, para decirlo con las palabras que cubren el sepulcro del cardenal Portocarrero en la catedral de Toledo.

Son pinturas como la vida, sujetas a las mismas reglas. Sólo que, admirable humildad del arte ante la vida, dejan tras de sí estas obras su verdad y su belleza, eso que tantos desdeñan: hojas verdes, hojas secas, hojas que nacen y mueren de un árbol firme, poderosa, de copa cada día más tupida y hospitalaria.

'El velo de la memoria' ofrece un viaje por la Murcia Islámica a través del arte

Patrocinado por Cajamurcia, incluye textos de Antonio Parra, fotografías de Carlos Moisés García y dibujos de Pedro Serna

ANTONIO ARCO • MURCIA

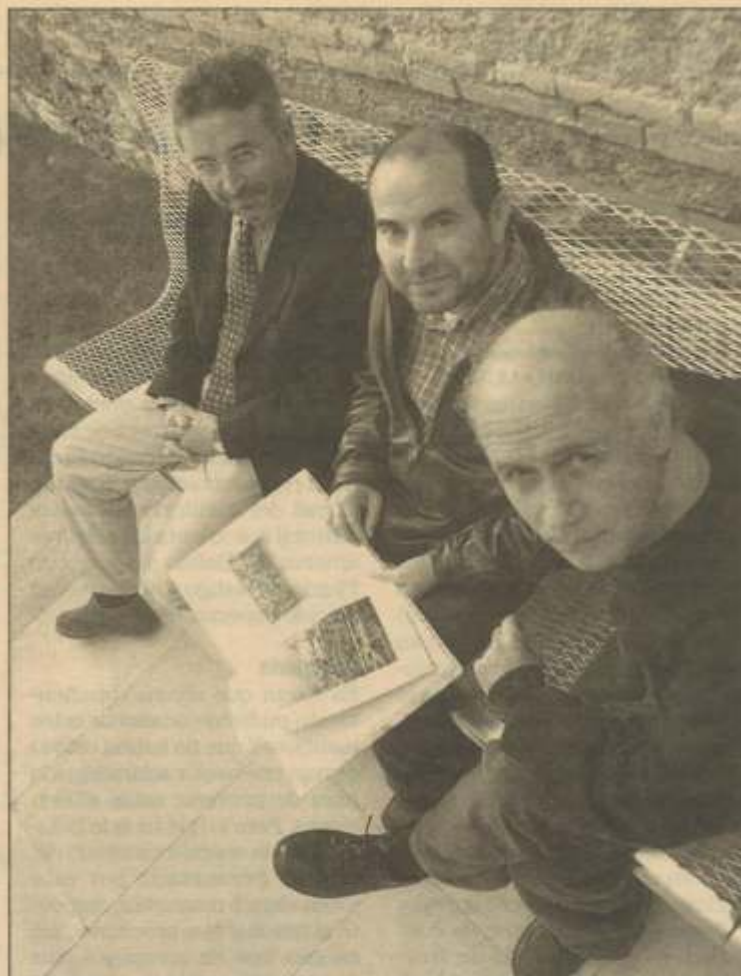
Sirope de menta. Puede disfrutarlo siguiendo las indicaciones de Natividad Aznar y no olvidándose de conseguir menta y albahaca fresca, naranja amarga o toronja y clavo. Salud. Esta sencilla receta es sólo una de las mil y una sorpresas que encierra el libro *El velo de la memoria. Tres miradas a la Murcia Islámica*, escrito por Antonio Parra e ilustrado con acuarelas de Pedro Serna y fotografías de Carlos Moisés García. Historia, poesía, arte y diseño gráfico han hecho posible un libro/cuadro/poema.

En la introducción al libro, cuidado al detalle por la diseñadora Paloma Zamora, que ha conseguido aunar a la perfección poesía, pintura y fotografía, Antonio Parra advierte al lector que el volumen «que tiene en sus manos no es una historia ni una guía de la Murcia Islámica». «Ni siquiera pretende ser», añade, «una reivindicación de ese momento de la historia de nuestra tierra, que tendría, al menos, tantas sombras como luces».

Es evidente que las páginas de *El velo de la memoria. Tres miradas a la Murcia Islámica*, quieren ser otra cosa, y de ahí la participación en ellas del pintor Pedro Serna y el fotógrafo Carlos Moisés García. Ser una sugerencia, un mapa espiritual, un viaje por el territorio de la emoción. «Lo que hemos intentado no es del todo expresable», reconoce Parra. Lo que sí está claro es que «están forjadas por el sueño y el deseo,

acaso la materia de la que está hecho el ser humano. Así que donde los autores del libro hemos mirado a un pasado islámico, el lector bien puede poner la representación ideal de sus nostalgias, su Ítaca del alma, ésa a la que no sólo nunca se llega, sino a la que, a veces, ni siquiera debería llegarse, no vaya a ser que la patria añorada resulte un espacio demasiado decepcionante, porque en los orientes reales, como demuestra la propia historia de la Murcia Islámica, siempre se cruza lo cruel con lo maravilloso, lo tenebroso con lo luminoso».

El libro ha sido dividido en los capítulos *Del cuerpo*, *Del alma* y *Del espíritu*, además de contar con «un apéndice final que supone un breve esbozo de la Historia de la Murcia árabe, y que sólo pretende situar al lector en el contexto por el que transcurre la obra». Antonio Parra explica que



Carlos Moisés García (izquierda), Antonio Parra y Pedro Serna. MARTÍNEZ BUESO

Del alma se centra «en el que tal vez haya sido el más grande místico del Islam, el también murciano Ibn Arabí, en una especie de relato autobiográfico, en primera persona, del poeta y filósofo. Se ofrecen, inmersos en el texto, poemas de su libro de poemas *El intérprete de los deseos*». Patrocinado

por Cajamurcia, y editado por Darana, *El velo de la memoria* intenta, según los patrocinadores, «contribuir a un conocimiento distinto de nuestras señas de identidad, de nuestro patrimonio común». José Moreno ha coordinado el volumen, regalo de Navidad de Cajamurcia.

LA VANGUARDIA

CULTURA Y ARTE • 8

MARTES, 7 ENERO 1992

GALERÍAS

PEDRO SERNA

GALERÍA MARÍA SALVAT.
Muntaner, 239. ☎ 201-25-05.
Hasta el 31 de enero. De 90.000
a 200.000

La acuarela, por lo que tiene de espontáneo y de auténtico, sigue siendo un arte en auge en estos tiempos de confusión. Pero no es

frecuente ver un trabajo tan primoroso. Hace unos años, Ramón Gaya, refiriéndose a este pintor, diría: "Resulta curioso que estas pinturas de alguien que no ha roto con la tradición sean tan poco tradicionales". Salta a la vista en este prodigioso conjunto de acuarelas su frescura, así

como la suavidad y elegancia del trazo. Paisajes vagos y difusos, a penas entrevistos, con palpito de emoción. En esta cuidada muestra de su trabajo, Pedro Serna apunta como un pintor con talento y excelentes dotes de improvisación.

M. I. L. B.

CULTURA

SOCIEDAD Y ESPECTÁCULOS

ARTE

Pedro Serna: "Si no pintas con emoción, se paga"

CARLOS GALLEGO

El pintor murciano muestra estos días su obra en la galería Bambara de Cartagena, en Valencia y en Barcelona

PEDRO SERNA, MURCIANO
LINEAR CALIFORNIA BAMBARA
MURCIA HASTA EL DÍA 31. MADRID A
MIRNISI (TAFEL) SÁBADO TODO EL DÍA

A. PERERA

Pedro Serna muestra estos días su obra pictórica en la galería Bambara de Cartagena. Son temas de Roma, ciudad a la que visita con frecuencia y en la que estuvo durante todo el pasado mes de septiembre; naturales muertas y paisajes de Murcia. Es decir, aparentemente, nada nuevo. Y, sorprendentemente, todo renovado, todo vivo, todo a empesar, como los días y la luz que refleja en sus obras. Un milagro.

"A pesar de mi insistencia en algunos temas —dice tímidamente el pintor, que se resiste hasta donde puede a hablar de su obra— yo no siento que se repitan, aunque pintara que es lo mismo en las obras pasan cosas, y cuando no sea así me lo plantearé".

En esta muestra de Bambara hay cuadros de las últimas series que ha expuesto recientemente en Barcelona y que expone también estos días en Valencia (por cierto, con críticas tan elogiosas en ambos casos que parecen sorprender al creador murciano, tocadas varias páginas con imágenes en "El periódico" de Cristina).

Serna sigue volviendo a pintar al aire libre, a los alrededores de Murcia, "siempre ahora está muy



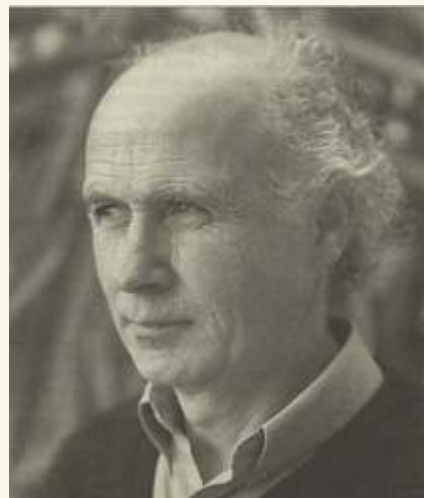
Una vista de la exposición en la galería Bambara de Cartagena

estropeado todo", pero también "he estado pintando en el valle de Ricote, adonde hacía tiempo que no iba, y es uno de los sitios donde más emoción siento al pintar. En la parte alta, viendo la vega, siento como algo antiguo, sería un desastre si edificaran en esa zona". También ha visitado a pintar, hace unos días, en la Albuñora granadina, otro de sus lugares favoritos, "siempre la gente lo convierte en turístico".

Serna utiliza con mucha precaución ciertas palabras, por ejemplo "emoción", pero al hablar de su relación al paisaje reconoce que, realmente es así, se trata de captar una emoción, no una imagen fija que no existe, "porque la luz cambia a cada hora". ¿Necesita siempre la emoción para pintar, o hay otros? Métrás mucho

tiempo la respuesta. "Normalmente —cuando al fin— si no notas una emoción, lo pagas en el resultado que consigues. No es que uno siempre pinte así, pero procuro que pase. Es muy difícil que el oficio sólo, sin esa emoción delante del paisaje, te diga algo, al menos algo que tenga que ver con la pintura viva".

Otras palabras cuyo sentido se escapan: ¿Qué es una pintura que es realmente viva? "Yo no puedo decirte qué es eso —dice—, no habría hacerlo, pero realmente sí hay algo que la diferencia de la que no lo es, al menos pensando en mi emoción ante el paisaje, no sé si es esa la palabra adecuada, pero es algo así. Es algo que siento cuando pinto y también cuando descubro esa emoción ante



Pedro Serna en una fotografía tomada ayer

La carga de un misterio que viene de lejos

En el castigo de la muestra de Barcelona con otros nombres el conocido Pedro García Martínez vive a Murcia buscando, en largas caminatas, una vida de quietud, siempre a veces los decida no abandonar por qué podría ser lugar, y no otro.

Como Calvo, "también Pedro carga con sus cosas: en la mano derecha una bolsa con la pintura, la caja de colores, la bolsa de agua, las tarjetas, el cuaderno, y, en la izquierda, el biberón y la carpeta para los papeles".

Y para la muestra de Bambara se rescatan estas palabras del poeta, y también amigo de Serna, Elío Sánchez Rosillo Serna, "no voy voluntariamente a la oposición insidiosa y, cuando de ella, sé inventar cosas —el verdadero creador no tiene nunca nada que ver con las fricciones, sino que las encuentra con libertad a que en él se convierten una realidad que viene de muy lejos".

XIII Cumbre Flamenca

REPORTAJE

ARTE

Pedro Serna ha montado un cuadro flamenco que no tiene desperdicio en la sala de exposiciones de la CAM. Entre los componentes de la farra, Juana la del Pipa, El Farruco, José Mercé y Matilde Coral. Esbozos y trazos de acuarela con

mucho arte que conforman la muestra 'Visiones flamencas', exposición que permanecerá abierta hasta finales de abril y que habla del duende en una estética colorista o imaginada. A los pinceles de Serna también les gusta el flamenco.

Bulerías de acuarela

La sala de exposiciones de la CAM en Murcia acogerá hasta el próximo día 30 de abril una muestra que supone para Serna "un reflejo del sentimiento que tengo hacia el flamenco"

VISIONES FLAMENCAS

LUGAR SALA DE EXPOSICIONES DE LA CAM. GLORIETA DE ESPAÑA. MURCIA
FECHA HASTA EL 30 DE ABRIL
HORARIO DE LUNES A SÁBADOS, DE 11.00 A 14.00 HORAS Y DE 18.00 A 21.00 HORAS. DOMINGOS Y FESTIVOS DE 11.00 A 14.00 HORAS.

ANA LUCAS

El pintor murciano Pedro Serna muestra desde ayer y hasta el próximo 30 de abril en la sala de exposiciones de la CAM en Murcia alrededor de ochenta dibujos y acuarelas en los que esboza "un reflejo del sentimiento que tengo hacia el flamenco de toda la vida", indicó el artista a LA OPINIÓN.

En 'Visiones flamencas' se dan cita tanto figuras de antaño como de la nueva escuela, tales como Manolo Caracol, Diego El Cigala, José Menese y Juan Talega. No faltan los guitarristas Félix de Utrera y Antonio Piñana, así como diversas bailarinas a las que Serna no impone un nombre, aunque sí llamativos mantones y coloristas batas de cola.

El pintor retrata con esbozos a grandes figuras como Manolo Caracol, Lola Flores y Pastora Imperio



La bailarina Manuela, imaginada por el artista en acuarela y sobre papel de color; a su lado, apenas unos trazos negros sugieren a Pablito de Cádiz

El autor explicó que empezó a gustarle con locura el flamenco "hace veintitantos años, yendo a La Unión, cuando en un día aparecieron de pronto un montón de cantaores y bailarinas excepcionales". Y, si tuviera que decir qué ha sido el más grande, Serna se decantaría por La Niña de los Peines, Pastora Imperio y Cara-

col -de los de antes-, además de Chano Lobato y Meneses -de los de ahora-. Preguntado por el caso de Farruquito, el pintor comentó que, con el juicio y la polémica sentencia que se dictó después del atropello mortal a un peatón, "se ha dejado un poco de lado al artista". A pesar del suceso, Serna consideró que "podrían

dejarlo bailar tranquilamente".

Además de por el flamenco, el autor confesó sentir "fascinación" por el mundo de los toros, el cual "sigue teniendo algo especial para todo el mundo", a pesar de que "cada vez es más difícil que salga gente excepcional"; reflexionó el pintor.

Pedro Serna: «Sólo puedo pintar paisaje al natural»

La galería Haurie presenta «Pinturas», una muestra de acuarelas y óleos

M. CARRASCO
SEVILLA

Pedro Serna (Las Torres de Cotillas Murcia, 1944), no concibe otra forma de pintar al no es al natural, y se aprecia esta decisión profesional en sus obras.

El artista presenta en la Galería Haurie lo que es su tercera muestra en Sevilla. En esta ocasión lleva el sencillo título de «Pinturas». Son acuarelas, tres óleos y algunos pasteles, aunque el pintor se decanta normalmente por la acuarela.

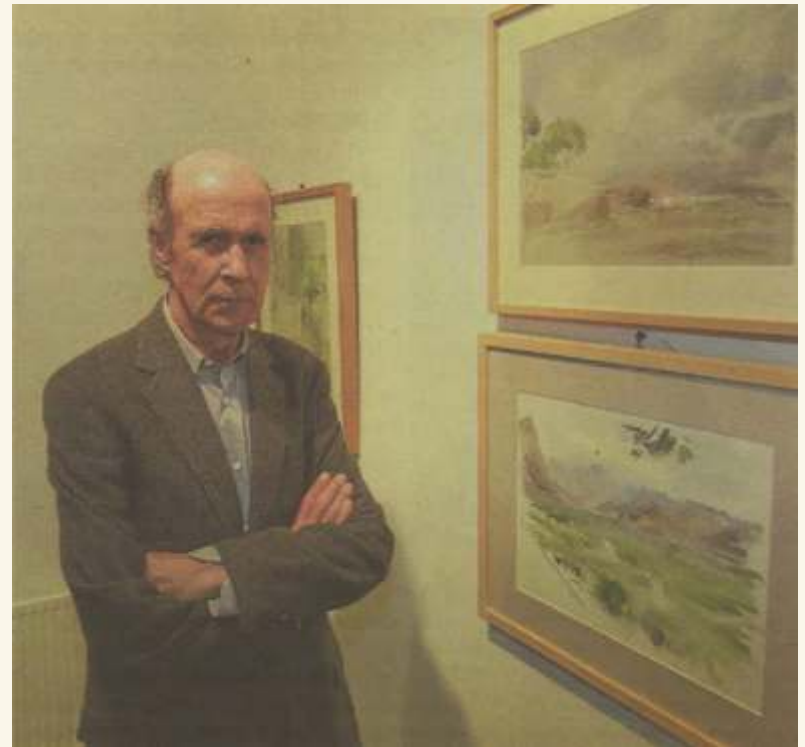
«Sí, yo pinto siempre al natural, porque aunque se haga una foto del paisaje, hay cosas que no se captan, al menos yo no puedo. Necesito ver cómo cambia la luz, cómo es el color real del entorno y hasta necesito el

olor del campo o del mar. Lo que pasa en el paisaje es muy difícil que lo guarde una foto», afirma.

En su afán por buscar la inspiración ha pintado en Francia, Italia y en Sevilla, «también en Sanlúcar de Barrameda, donde los colores son increíbles».

Pero arriesgarse con esta forma de pintar tiene su parte «peligrosa», «hay que pintar rápido porque la luz cambia enseguida, los paisajes nunca están quietos y a veces sólo tengo diez minutos para poder plasmar en un lienzo lo que quiero hacer. Sí, soy un pintor que pinta deprisa, aunque luego hago algunos retoques en el estudio».

Pero su carrera de artista casi queda truncada por sus habilidades como futbolista. «De pequeño jugaba al fútbol muy bien en el equipo de Murcia, incluso vino un ojeador para llevarme a Sevilla. Llegué a hablar con el Real Madrid. Terminé jugando en segunda división, pero tuve una lesión en Granada que decidió mi vida definitivamente por la pintura, y nun-



ca me ha arrepentido».

Su estancia en Granada le llevó a amar esa ciudad, «siempre, todos los años vuelvo a ella, ahora a pintar».

Sus cuadros tienen una quietud que revela la inspiración del artista quien oculta también otra pasión: el flamenco. «Hace ya años vi un espectáculo donde actuaban Camarón y Mameña Carrasco. Quedé fascinado, es un arte increíble».

Pedro Serna ha participado en la Feria de Arte Contemporáneo, Arco 86, y su obra estuvo expuesta en el pabellón de Murcia de la Expo 92 de Sevilla. A finales de los 90 colaboró con sus obras en la película «Pajaricos» de Carlos Saura.

Galería Haurie, c/ Guzmán el Bueno, 2. Desde el 12 de marzo hasta el 12 de abril.

24 TOROS

SÁBADO, 29 DE ABRIL DE 2014 ABC

MOLINETES Y TRINCHERAZOS



JESÚS
SOTO
DE PAULA

Pedro Serna, pintor de lo invisible

Conoci a este pintor murciano allá por los ochenta. Por entonces tenía una fiel y enamorada admiración por su torero, Rafael de Paula, con quien trazó una verdadera amistad, y cuyas faenas le sirvieron como inspiración en sus

pinceles, en esa eterna búsqueda del infinito y su no-sé-qué. Por aquel entonces no hablaba casi con Pedro, me limitaba a escuchar, cosa difícil, porque Pedro hablaba poco, es de esos seres cuyo silencio se expresa en su pintar. Mi admiración, pues, hacia su obra y su persona (que vienen a ser una misma cosa) viene de lejos, al igual que mi fascinación por Ramón Gaya (maestro de Serna), y es que en Gaya encontré ese lenguaje indeleble de la pintura y la escritura que se aleja de todo lo sobrante para dejar a solas... a su obra y a su palabra. Obra y palabra a solas, despojadas de todo bullicio y alteración, para que los ojos y oídos sólo puedan ver y oír eso mismo... el ver para escuchar. Y es ese ver para escuchar lo que nos

ofrece Pedro Serna en su exposición «Pintura Taurina», actualmente en la Fundación Caja Rural del Sur de Sevilla.

En sus pinturas aparecen desapreciadamente las figuras de Rafael de Paula y Morante de la Puebla, en quienes el pintor se siente para sentirse, en la sutileza de captar esos instantes tan efímeros que casi antes de percibirlo ya se han ido, y por eso los pinta. Su trazo es casi tímido, casi insinuante, diría que casi invisible, con esa sencillez de la caricia del viento y el discurrir del agua clara. De entre ellas (todas sugerentes), me han enamorado unos andares de Paula con la franela en la zurda, buscando con aquellos personalísimos pasitos cruzarse con el toro, en ese cite ante el abismo de la vida

y la muerte, emborrachado y embriagado de emoción. Está Paula de espaldas, pero sabes y sientes que sólo puede ser Rafael, con aquella tragedia cósmica que cierra su antología misma. Y ya Paula está toreando, ¡aún sin torear!, en ese citar que Pedro Serna nos recrea de una manera callada, viva y temblorosa.

Recomiendo visitar su exposición, para aquellos que sepan pararse ante la obra, de una euritmia pictórica que gusta de saber esperar, sin más prisa que un instante, que sientas que se nos va y que en sus pinceles se aferra para negar su partida.

PINTURA



El pintor Pedro Serna posa ante sus obras.

El misterio del toreo

Gonzalo Gregora

Zuloaga, Amalio García del Moral, Romero Rensendí. Son muchos los pintores que han dedicado parte de su obra al mundo de la tauromaquia. Es también el caso de Pedro Serna (*Las Torres de Cotillas*, Murcia, 1944), quien expone en la sede de la Fundación Caja Rural del Sur de Sevilla una muestra acerca de su pintura de temática taurina. En esta contemplamos instantes de una faena de Morante de la Puebla o de Rafael de Paula, dos de los toreros preferidos del artista, retratados desde un trazo sugerente, no demasiado definido en su contorno, muy suelto, que causa una lograda sensación de movimiento, de fugacidad y de misterio —tres sustantivos consustanciales al toreo—.

La pintura de Serna recuerda a la figuración de Carmen Laffón o de Ramón Gaya —paisano, amigo y maestro del pintor—. Son esos dibujos, o esas acuarelas, que procuran desentrañar un acontecimiento repleto de enigma y de emoción. Para ello, Pedro Serna toma la técnica de una pintura que opta por las imprecisiones en el retrato, porque es ese el único camino con el que alcanzar una precisión, una exactitud o una verdad en el terreno reservado al misterio. Sucede igual con la poesía. De hecho, son muchos los

poetas que elogian la producción de Pedro Serna. Autores como Aquilino Duque, Fernando Ortiz, Eloy Sánchez Rosillo o Andrés Trapiello han dedicado palabras de admiración al pintor murciano. “Veo estas pequeñas acuarelas de Pedro Serna como algo vivo. Como trozos de pintura muy viva, no sólo muy sensible y muy hermosa. Son también paisaje estos del alma, mirarlos con un alma nueva”, escribe Trapiello.

Sensibilidad, elegancia, belleza. Son algunas de las etiquetas que podríamos añadir a la exposición *Pintura taurina*, de Pedro Serna; “el luminoso pintor”, tal como lo describe Felipe Benítez Reyes. El escritor gaditano afirma que Serna “nos regala una visión serena de la fiesta”, es decir, se fija en “su trama etérea y frágil”, en contraposición con “esa violenta exhibición”, que es por otra parte una de las características de las corridas de toros. Pero en estas Tauromaquias, Pedro Serna prefiere decantarse por momentos donde lo violento no es el elemento principal de la escena. Está presente la realidad del toreo —el estoque, la sangre, la muerte—, pero todo ello desde una estética muy cuidada, muy depurada.

Muchas de las acuarelas de esta exposición, confiesa el pintor, “fueron pintadas en el momento mismo en el que se estaba ejecutando una faena”. Así sucede con

● Pedro Serna inaugura la exposición “Pintura taurina” que permanecerá abierta hasta el 28 de abril en la sede de la Fundación Caja Rural del Sur de Sevilla.

las obras dedicadas a Rafael de Paula, torero jerezano con el que Pedro Serna mantuvo una larga relación de amistad. Siguiéndolo por plazas de toda España, retratándolo en numerosas ocasiones —uno de estos retratos sirvió como portada a un libro de Felipe Benítez Reyes en el que se indaga en la forma tan personal del toreo de Rafael de Paula—.

“Paula me despertó el interés por la tauromaquia. Y fue muy amigo nuestro. Él es muy excepcional y tiene un algo especial que no he encontrado nunca. Su forma de torear es el misterio. Era maravilloso. Con Paula hasta he ido a ver a José Tomás en Jerez”, apunta Pedro Serna, quien añade que entre su pintura y la tauromaquia de Rafael de Paula se establece un paralelismo: la técnica de la inspiración, la plenitud de una belleza breve, casi minimalista, que sin embargo contribuye a una fuerte experiencia sensorial.

Otro torero protagonista de la exposición es Morante de la Puebla, quien a su vez viene del linaje de Rafael de Paula, de Belmonte, de ese toreo que no tiene escuela, sino genio. Un toreo que ofrece una técnica llena de personalidad y de virtuosismo, de “los toreros que muchas veces vas a la plaza y no ves nada, pero de repente un día, el día que están inspirados, te hacen llorar”.

De Morante de la Puebla intui-

mos su silueta en una serie de dibujos donde está presente el estilo de Ramón Gaya. “Gaya fue un pintor excepcional, a quien también le gustaban los toros. También coincidimos en eso. Lo conocí en Murcia, con Manolo Fernández Delgado. A partir de entonces tuvimos muchísima relación”, apunta el pintor.

La muestra *Pintura taurina* —que se podrá visitar hasta el próximo 28 de abril— se compone de trabajos que abarcan toda una trayectoria. Algunos recientes, de no más de dos años, y otros que sin embargo han cumplido ya la treintena —por ejemplo, un dibujo acerca del torero Julio Aparicio—. “La exposición la he seleccionado a través del tiempo, de cosas que he guardado y no he querido vender. Cosas que fueron casi mías”, declara Serna.

Pero además de Jerez o de Sevilla, Pedro Serna igualmente ha dibujado la Maestranza de Ronda, con un pasadizo de los tres toreros que figuraron en el cartel de una tarde de septiembre. Una obra muy cercana a la estética impresionista. Donde las formas tan sólo se intuyen, aunque estas digan mucho más que en el contorno definido, plenamente figurativo. Así ocurre también con picadores, con las gradas de las plazas de toros que Serna ha recorrido durante décadas, con el rojo intenso de los burladeros y con el amarillo despierto de la arena, con la manera en la que el torero toma el capote y lo acerca al toro, con la figura vertical del banderillero, captado en el momento en el que va a colocar las banderillas.

Pedro Serna al natural

Una mañana en el paisaje de Ojós. Un paseo junto al artista de Las Torres de Cotillas y su misterioso deambular por ese entorno del Valle de Ricote que tanto lo define y que plasma con el pincel

PASCUAL GARCÍA
Escritor y docente

A Pedro Serna lo he visto siempre silencioso y un poco aislado, como si su posición en el mundo fuese distante y ajena, aunque solo en apariencia, pues no le impide escuchar los mínimos latidos de la tierra y del cielo, las conmociones del espíritu y el valvén de la belleza, porque Pedro es antes que nada un artista y, por lo tanto, se halla fuera del mundo, en un lugar desde el que lo ve todo, incluidos a nosotros, como un dios apostado en un cielo de privilegio. Cuando con él una mañana de marzo para acompañarlo en su misterioso deambular por ese paisaje tan propio y que tanto lo define del Valle de Ricote mientras pinta y vuelve a crear el mundo, que es al fin y al cabo su oficio.

Cuando me lo encuentro de pie frente al paisaje de siempre por la mañana y en Ojós, es como si hubiera estado pintando toda la vida en aquella misma posición, de pie frente al caballete que sostiene una tabla con una misteriosa acuarela, unas manchas que todavía son el germen de algo, los pigmentos y un bote con agua. El misterio lo tiene delante, lo sabemos por los ojos que lo miran, una casa, un cielo indefinido, los naranjos de una tierra que el hombre ama. Y sus ojos fijos antes en una imagen interior que en el detalle de una casa en el campo, que todos estamos viendo,



Pascual García, a la derecha, desarrolla en su libreta el ritual de Pedro Serna. J.L.R.C./AEM

los que tenemos el privilegio de estar con él en el momento sagrado en el que extiende las manchas con el pincel, lo moja en el agua, diluye la pintura y continúa mirando al horizonte impertérrito como una estatua que ya perteneciera al paisaje, que hubiese estado allí todo el tiempo, mucho antes de que nosotros llegáramos. Porque en ocasiones el artista de Las Torres de Cotillas semeja un dios en mitad de su creación, despojado casi de atributos y poseedor de toda la fuerza de un demirgo entregado a la visión de otro predio que acabará plasmando en un papel con un polvillo de colores mezclado con agua en un proceso tan sutil que apenas es perceptible. Porque los colores van apareciendo muy a poco a poco,

con más agua que pigmento desde la nada hasta la sombra última que es una mancha en la pared o el reflejo del sol en los naranjos.

De Pedro Serna no solo nos entusiasma lo que pinta, el producto de su atención y de su pericia; también nos entusiasma permanecer a su lado mientras lo está pintando, sentir con él la intriga del propio acto de la creación, ese momento sublime en el que el pintor mira, su corazón se mueve y su mano le responde con el pincel en el papel. Estar allí con él resulta fascinante, verlo erguido y dueño de la escena, ajeno al ruido exterior; abstraído en el milagro de la creación y de la naturaleza, que para él y en muchos momentos, con una misma cosa, esa misma silenciosa que

tanto se le parece al buen torero, que nos pallaca irremediablemente cuando lo observamos de cerca.

Esta mañana estamos asistiendo a una ceremonia especial, la ceremonia de sentir el paisaje, de ver a través de los ojos de un artista integral con el que hablo un poco de todo, incluso de toros o de fútbol, porque comparto con él algunas aficiones y me interesa mucho su punto de vista. Lo vigilo mientras mezcla la acuarela con el agua y me doy cuenta de que todo su proceso consiste en diluir el pigmento hasta dejar una sombra de los colores originales, casi una huida del color original. Porque he visto a otros pintores en este mismo trance superponiendo pinceladas, sumando materia

y ahora me doy cuenta de que Pedro Serna hace justo lo contrario, va quitando color hasta el límite de su ausencia, hasta dejar casi el papel como único tono pictórico, el blanco del lienzo o del papel, a la vieja usanza del maestro Gaya.

Un pacto invisible

Todo el grupo va desplazándose con Pedro al lugar donde él termina situándose para ver mejor la perspectiva que está pintando, tan despacio, con tanta verdad que estremace ver cómo va surgiendo en el papel la forma de lo que más tarde ha de ser una impresión, una verdad. Subimos no sin cierta dificultad a un montículo desde donde la imagen es más clara, José Luis Ros Caval, el estupendo fotógrafo que ha enviado LA VERDAD para la ocasión, continúa echando fotos sin interrumpir en ningún momento el acto sagrado de la mañana, mientras hablo con el pintor e imagino lo que lleva dentro.

Babel, la mujer de Pedro; Mari-llol, mi compañera; José Luis y yo pivotamos un turno al maestro que va saliendo poco a poco de las tinieblas interiores de un acto tan íntimo como pintar la vida y pintarse también a sí mismo porque todo es fruto de un mismo acto, quizás porque ese paisaje que tenemos delante es también un poco nosotros y el artista lo



El pintor Pedro Serna (Las Torres de Cotillas, 1944) observa el paisaje del Valle de Ricote que inspirará su obra. JOSÉ LUIS ROS CAVAL / A&M



Los colores van apareciendo poco a poco en el papel. A.L.R.C. / A&M



El resultado de la creación en mitad de los campos de Ojós.

está contemplando como un espejo en el que se refleja el mundo y antes que el mundo, él mismo. Entre su mirada y la cosa contemplada se ha establecido un pacto invisible y secreto que durará toda la mañana y que acabará solo cuando Pedro Serna dé el visto bueno a la obra y conceda que no está mal. Que le agrada lo que ha surgido de este pulso emocional y artístico, cuyo vaivén hemos seguido muy de cerca los que estamos con el pintor toda la mañana. Mayormente yo, que no lo pierdo de vista, porque soy consciente de la zona creativa y sentimental en la que está inmerso el pintor, en esa lucha sin palabras y sin armas que viene librando desde la primera hora de la mañana.

Cotejo en un momento dado, y así lo anoto en mi libreta de cam-

po, la extremada humildad del artista, vestido con una sencillez monacal y desprovisto de adornos inclementarios y de prejuicios, de carácter asténico y en cambio amable, amistoso y muy humano, con la sobriedad manifiesta de una tierra que parece estar en pie de guerra desde el principio del mundo, salvo los naranjos y los cultivos próximos al río, una tierra esquilma y sin agua que guarda el secreto de una heroicidad casi tierna, no sin cierta dulzura que Pedro acerta a plasmar en su papel grueso de acuarelista. Con lenta pericia va quitando y poniendo notas de color, rastros de luz que este día nos regala y nos hurta a la vez de tal modo que el pincel parecía el artífice de la luz de la mañana y de los colores de la tierra, como si de su mirada naciese todo. Y, mientras iba

plasmado el prodigio de una construcción opulenta en mitad de los campos de naranjos, nosotros girábamos a su alrededor. José Luis lo fotografaba todo, Isabel estaba muy pendiente de cada paso del artista, Mariló saboreaba un limón sentada en un ribazo y yo atendía a los movimientos del pincel que iban reproduciendo con eficacia, pero con mucho arte, el espíritu de la mañana primaveral y nuestra propia desazón en ese trance único del vistumbre creativo.

Lección de sutileza

Con Pedro Serna uno tiene la certidumbre de que el genio artístico procede siempre de la naturaleza, de esa bondad de sus ojos pajarillos que miran las cosas con compadecencia, con la actitud del que celebra la belleza y la vida

y toma buena nota en un papel grueso en el que consigue con pigmento y agua su pasmo y su delirio. Y a eso se le llama arte aunque no haya un canon preciso, concreto y explícito. Veo que el artista, que ha estado manchando el papel durante toda la mañana, ajeno muchas veces a nuestra palabrería, que a mí se me ha pasado sin preguntarle tantas cosas decisivas, muestra su obra, sencilla y humilde. Un papel, del que aflora un mundo de colores y líneas con vida, tonos vagos y siluetas imprecisas, con mucho más blanco que color, aunque eso que ha quedado después de una mañana intensa de mirar la vida y la tierra es el producto de una jornada de trabajo. Una sesión de pintura al natural, una lámina de la vida de Pedro Serna, que se ha

ido haciendo en silencio y sin demasiada luz. Es decir, en todo lo que queda de un pedazo de tiempo desde el momento en que encontré al artista mirando un punto fijo en la ladera, que era un caso en proceso de construcción y luego fue un tiempo lleno de nuestras propias conversaciones, unos minutos para mirar al artista y solazarnos con su labor. Y todo ello junto estaba en aquella lámina donde apenas se veían unas manchas de pintura difuminadas por el agua pero con la gracia inefable de lo que posee su propio espíritu y es la materialización de una idea o de un sentimiento.

Con la obra casi acabada, aunque tal vez más tarde no dejará de retocarla en su estudio, nos la enseña a todos y se presta de no parecerle mal del todo, como si acabara una conformidad con el trabajo que no siempre se puede permitir.

Personalmente, me tras a la mente cuando observo la acuarela que aquel apunte ha surgido como un milagro de aquella tierra reseca de Ojós, de la luz cambiante y un tanto traicionera de este marzo inusual en una mañana incomparable y única.

Y pienso para mí que no otra cosa es el arte y que Pedro Serna ha estado impartiendo sin palabras durante toda la mañana una lección de facultades y talento, pero sobre todo de sutileza, disciplina y misterio.

Alguna vez tendremos que darle las gracias de verdad.



EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1968.** - Centro Artístico. Granada.
- Galería Chys. Murcia.
- 1973.** - Sala Municipal. Murcia.
- 1974.** - Galería Chys. Murcia.
- 1975.** - Galería Chys. Murcia.
- 1976.** - Galería Rembrandt. Alicante.
- 1977.** - Galería Zero. Cartagena..
- 1978.** - Galería Chys. Murcia.
- Galería Thais. Lorca.
- 1979.** - Galería Chys. Murcia.
- Galería Cunium. Inca (Mallorca).
- 1980.** - Galería Arte 16. Madrid.
- Galería Chys. Murcia.
- 1981.** - Galería Nike. Valencia.
- 1982.** - Galería Chys. Murcia.
- 1984.** - Galería Chys. Murcia.
- 1985.** - Galería Macarrón. Madrid.
- Galería Thais. Lorca.
- 1986.** - Galería Amics. Alicante.
- Galería Zaguán. Valencia.
- 1987.** - Galería Décaro. Madrid.
- 1988.** - Galería Chys. Murcia.
- 1989.** - Galería Zaguán. Valencia.
- 1990.** - Galería Zaguán. Valencia..
- Galería Thais. Lorca.
- Galería Chys. Murcia.
- Iglesia de San Esteban. Murcia.
- 1991.** - Galería María Salvat. Barcelona.
- 1992.** - Ibercaja. Valencia.
- Galería Zaguán. Valencia.
- Galería Chys. Murcia
- 1993.** - Cajamurcia. Madrid.
- Palacio del Almudí. Murcia.
- Cajamurcia. Murcia.
- 1994.** - Asociación de la Prensa. Murcia.
- Galería María Salvat. Barcelona.
- 1995.** - Galería Nolde. Navacerrada (Madrid).
- Galería Saguán. Valencia.
- Galería Chys. Murcia.
- Ceutí. Murcia.
- 1996.** - Galería Bores – Mallo. Cáceres.
- 1997.** - Galería Chys. Murcia
- Museo Municipal. Albacete.
- Galería María Salvat. Barcelona.
- Galería Nolde. Navacerrada (Madrid).
- 1998.** - Galería Flora Herranz. Madrid.
- 1999.** - Galería Chys. Murcia.
- Galería Haurie. Sevilla.
- Galería Bambara. Cartagena.
- 2001.** - Galería María Salvat. Barcelona.
- Casa de Cultura. Torres de Cotillas (Murcia).
- Galería Chys. Murcia.
- Galería Bambara. Cartagena.
- 2002.** - Centro de Arte Palacio Almudí. Murcia.
- 2004.** - Galería Art Nueve. Murcia.
- La pescadería vieja. Jerez de la Frontera (Cádiz).
- 2005.** - Sala Municipal Antiguo Asilo. Murcia.
- 2006.** - Cajagranada. Granada.
- Cajagranada. Baeza (Jaén).
- Galería Haurie. Sevilla.
- 2011.** - Real Casino. Murcia.
- Galería Haurie. Sevilla.
- 2012.** - Galería Chys. Murcia.
- 2014.** - Restaurante Hispano. Murcia.
- 2016.** - Galería Chys. Murcia.
- 2017.** - Galería Haurie. Sevilla.
- 2019.** - Fundación Huerta de San Antonio. Úbeda (Jaén).
- Galería Chys. Murcia.
- 2021.** - Centro Espín. Lorca.
- 2022.** - Museo Gaya. Murcia.
- 2023.** - Fundación Caja Rural del Sur.
- Museo Ramón de Benifayó. San Pedro del Pinatar (Murcia).



EXPOSICIONES COLECTIVAS

- 1972.** - "Salón de acuarelistas murcianos". Sala Municipal. Murcia.
- 1977.** - "El Malecón". Galería Chys. Murcia.
- "El puente y los puentes". Galería Chys. Murcia.
- "Homenaje a Verso y Prosa". Galería Chys. Murcia.
- 1978.** - "Plazas y jardines". Galería Chys. Murcia
- 1979.** - "Pintura contemporánea murciana". Caja de Ahorros Provincial. Murcia.
- "El arco y la calle". Galería Chys. Murcia.
- "Homenaje a Gabriel Miró". Galería Chys. Murcia.
- 1980.** - "Homenaje a Ramón Gaya". Santa Isabel. Murcia.
- "Contraparada 2". Santa Isabel. Murcia.
- "Pintores murcianos". Hotel 7 coronas. Murcia.
- "Un escultor y 7 pintores murcianos". Murcia.
- "La pintura murciana". Semana de Murcia en Cataluña.
- 1984.** - "La torre y las torres". Galería Chys. Murcia.
- 1985.** - "Arte en Murcia 1862 - 1985". Madrid.
- "Arte en Murcia 1862 - 1985". Murcia.
- 1986.** - "Pintura murciana del siglo XX". Riga. Letonia.
- "Pintura murciana del siglo XX". Moscú. URSS.
- "Feria Internacional de Arco". Galería Chys. Madrid.
- "Ramón Gaya, Luis Massotí y Pedro Serna". Galería Zaguán. Valencia.
- 1987.** - Galería Décaro. Madrid.
- Interarte. Valencia.
- "De la naturaleza". Galería Nolde. Navacerrada (Madrid).
- "Dibujos de tres pintores". Galería Zaguán. Valencia.
- "Al aire libre". Galería Zaguán. Valencia.
- 1988.** - Interarte. Valencia.
- 1994.** - "Ramón Gaya y Pedro Serna". Galería Zaguán. Valencia.
- Interarte. Valencia.
- 1996.** - Interarte. Valencia.
- "Artexpo". Barcelona.
- Colaboración con Carlos Saura en la película "Pajarico".
- 1997.** - "Artexpo". Barcelona.
- "Naixement de la pintura en Columna". Barcelona.
- Galería Nolde. Navacerrada (Madrid).
- 2000.** - "El velo de la memoria: Tres miradas a la murcia islámica". Sala Juana Francés. Alicante.
- "El velo de la memoria: Tres miradas a la murcia islámica". Aula de Cultura de Cajamurcia. Madrid.
- "El velo de la memoria: Tres miradas a la murcia islámica". Centro cultural de Cajamurcia. Cartagena.
- 2003.** - Mediterráneo. Museo de la Ciudad. Murcia.
- Interarte. Valencia.
- "Feria Internacional de Arte". Gante. Bélgica.
- 2004.** - "Cien años cien artistas". Palacio Almudí y Centro Cultural Las Claras. Murcia.
- 2017.** - "Los Serna de Ramón Gaya y los Gaya de Pedro Serna". Museo Gaya. Murcia.
- 2022.** - "Pinturas escogidas por Ramón Gaya". Museo Gaya. Murcia.
- 2023.** - "Obra sobre papel". Colección Avelino Marín.



EXPOSICIÓN

Velas en el Mar Menor

Acuarela / Papel

34,5 X 49



La Puntica
Acuarela / Papel
36,5 X 50



Balneario Azul
Acuarela / Papel
27 X 41





Balneario de San Antonio
Acuarela / Papel
28 X 36,5



Barcas
Acuarela / Papel
28,5 X 38,5



Atar III
Acuarela / Papel
29 X 40



Los Flamencos
Acuarela / Papel
31 X 48,5



Salinas de San Pedro II
Acuarela / Papel
32 X 49,5



Salinas de San Pedro I
Acuarela / Papel
31,5 X 49

Barco de vela
Acuarela / Papel
32 X 47





Palmeras
Acuarela / Papel
32 X 49,5



Isabel mirando al mar
Acuarela / Papel
24 X 33,5

Montaña de las salinas

Acuarela / Papel

26 X 37





Isabel
Acuarela / Papel
35,5 X 49,5



Ropa tendida
Acuarela / Papel
28 X 41,5



La sábana
Acuarela / Papel
45 X 34



Ropa tendida con maceta
Acuarela / Papel
50,5 X 35,5



Mantel azul
Acuarela / Papel
31,5 X 42



La casa de las salinas
Acuarela / Papel
33,5 X 48,5





Los Alcazares
Acuarela / Papel
28,5 X 45



Paisaje de Alguazas
Acuarela / Papel
45 X 61



Ricote I
Acuarela / Papel
29 X 40



Casa con balsa
Acuarela / Papel
24 X 31



Puente Viejo
Acuarela / Papel
30 X 49,5



Molino de Funes II
Acuarela / Papel
25 X 36



La máquina de Alguazas II
Acuarela / Papel
36 X 50,5



Molino de Funes I
Acuarela / Papel
44 X 36



Camino de La Ñora
Acuarela / Papel
50 X 34,5



Almendro en flor
Acuarela / Papel
43 X 31,5



La Ñora, ropa tendida
Acuarela / Papel
29 X 40



Blanca
Acuarela / Papel
36 X 50,5



Acequia
Acuarela / Papel
36,5 X 36,5



La máquina de Alguazas I
Acuarela / Papel
45 X 61



El Martillo
Acuarela / Papel
37 X 51



El Malecón
Acuarela / Papel
34 X 49



Vega Media
Acuarela / Papel
36,5 X 51



Puente de los Peligros
Acuarela / Papel
36,5 X 47,5

Paisaje
Acuarela / Papel
20 X 29,5



Adorno
Acuarela / Papel
63,5 X 53





Citando
Acuarela / Papel
33 X 50



Rafael de Paula
Acuarela / Papel
29 X 27,5



Suerte de baras
Acuarela / Papel
27,5 X 50,5



Julio Aparicio en Calasparra
Acuarela / Papel
53 X 63,5



Morante verónica
Acuarela / Papel
37 X 50,5



Morante de la Puebla
Acuarela / Papel
33,5 X 49,5

Picadores
Acuarela / Papel
24 X 34





Milagros Mengibar
Acuarela / Papel
49,5 X 35



Farruco
Acuarela / Papel
47,5 X 36,5



Ballaora
Acuarela / Papel
35 X 47,5



Manuela Carrasco
Acuarela / Papel
47,5 X 36,5

Pensamientos
Acuarela / Papel
53,5 X 45





Claveles blancos
Acuarela / Papel
44,5 X 60



La copa azul
Acuarela / Papel
45 X 61



Jarra con jazmines
Acuarela / Papel
46 X 60



Tetera
Acuarela / Papel
36 X 49



Abanico con vaso y rosa
Acuarela / Papel
34 X 50



Abanico chino
Acuarela / Papel
45 X 34



Abanico con taza
Acuarela / Papel
24,5 X 31,5



Abanlcon con vaso
Acuarela / Papel
46 X 60



Vaso con rosas
Acuarela / Papel
35 X 31



Maceta de fresas
Acuarela / Papel
43 X 35



Copa
Acuarela / Papel
36 X 28



Plancha de carbón
Acuarela / Papel
33 X 48



Uvas con azucarero
Acuarela / Papel
31 X 40

Este catálogo se editó con motivo de la exposición

Perma

De lo liviano

que tuvo lugar en la Universidad Popular de Mazarrón entre
el doce de Abril y el 17 de Mayo de dos mil veinticuatro.

